

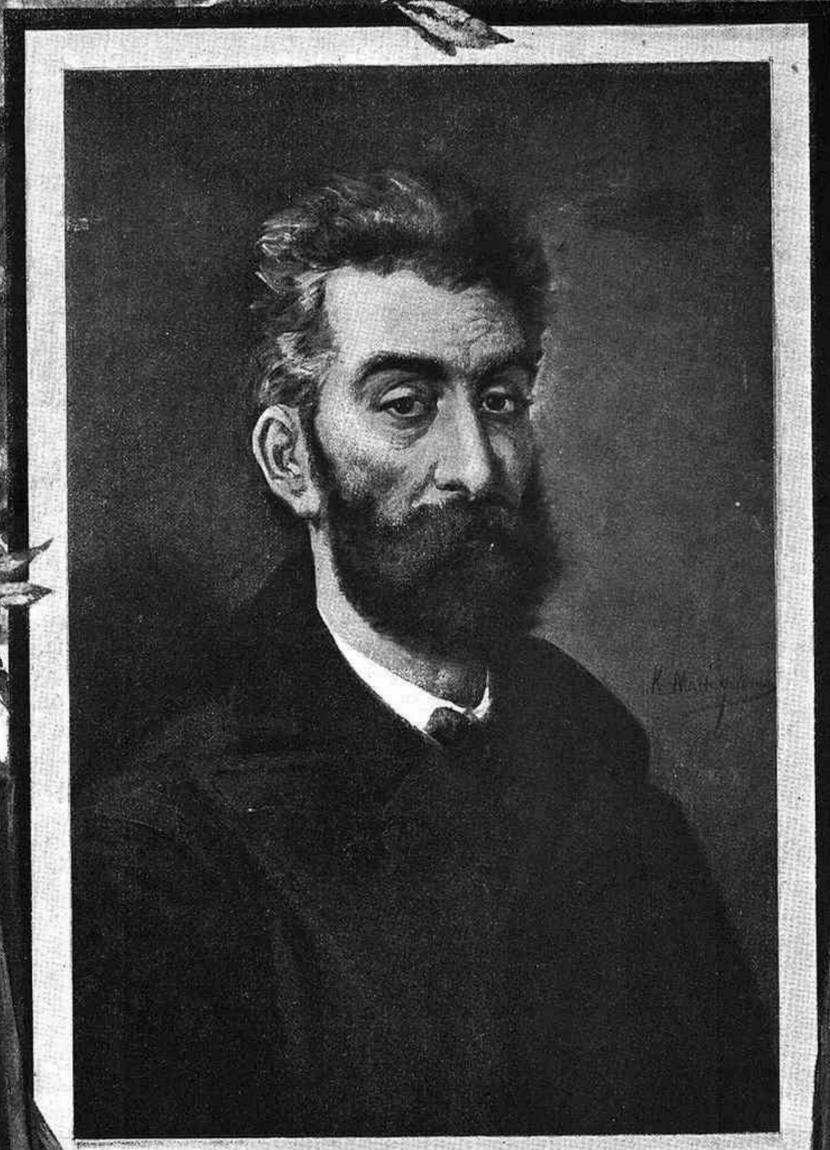


La Ilustración Artística



Artística

|| A JOSÉ LUIS PELLICER ||



✠ 15 JUNIO 1901

Thomas

JOSÉ LUIS PELLICER

Al estampar este nombre en el lugar preferente de este número no nos mueve el propósito de rendir un tributo de admiración al eminente artista cuya personalidad llenará una de las más gloriosas páginas de los anales del arte español contemporáneo.

Juzguen otros al dibujante ilustre que hizo de su profesión un verdadero culto, ensalcen otros su labor artística, que en las salas de los museos, en los libros y en los periódicos perpetuará su fama.

Nuestro recuerdo en estos tristes momentos es sólo para el amigo del alma, para el compañero querido que durante tantos años compartió nuestras tareas y con quien nos unían una amistad antigua, un cariño entrañable.

Pellicer ha muerto, pero en nuestro pensamiento y en nuestro corazón vivirá eternamente su memoria.
¡Descanse en paz!

LOS EDITORES.

LA REDACCIÓN.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Ensaladilla*, por Emilia Pardo Bazán. — *El gamonal*, por A. de Valbuena. — *Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901*, por X. — *Ejército chino. Misiones en China*, por R. — *Páginas gaditanas. La juerga*, por Carlos Bonet. — *Nuestros grabados. Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El fantasma*, novela escrita en francés por Pablo Bourget (continuación). — *El empleo del oxígeno en las ascensiones á grandes alturas*, por X.
Grabados — LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA á José Luis Pellicer, composición de Triadó. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *El gamonal*. — *La Edad de Oro*, cuadro de Juan Francés. — *La ola*, escultura de J. M. Alcoverro. — *Plegaria en las ermitas de Córdoba*, cuadro de Tomás Muñoz y Lucena. — *La amiga en Córdoba*, cuadro de Domingo Muñoz. — *Nube de verano*, cuadro de Antonio García Mencia. — *El gigante Anteo*, escultura de Miguel Ángel Trilles. — *La trilla en Alava*, cuadro de Ignacio Díaz Olano. — *Ejército chino. Artilleros* (de fotografía). — *Las misiones en China. Asiladas en la Casa de Expositos católica de Tsinan-fu* (de fotografía). — Dibujo de F. Mota que ilustra el artículo *La juerga*. — *La amada del Ghetto*, cuadro de Nataniel Sichel. — *El eminente escritor D. Leopoldo Alas (Clarín)*. — *Flor de Mayo*, cuadro de José M.^a Tamburini. — *La esposa del general Botha*. — *El «Ping-pong», nuevo juego de moda en Inglaterra*, dibujo de Frank Craig. — Dos grabados que representan el aparato para el empleo del oxígeno en las ascensiones, á grandes alturas. — *Maniobras de caballería*, cuadro de José Cusachs.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ENSALADILLA

Vuelvo de Orense con el alma llena de infinita gratitud, con provisión de consuelo y de alegría para mucho tiempo. Esta vocación literaria mía, que no ha dejado de costarme desazones y luchas, me ha valido también, en justa recompensa, horas y días inolvidables. ¿Qué más se puede pedir? Todo lo que es combate se cifra en la esperanza de una victoria, doblemente deseada y saboreada si vence por nosotros y con nosotros una idea que vale más que nosotros valemos. Yo, cuando llegue el momento de colgar las armas y desceñir el arnés; cuando tenga que retirarme á la sombra de los árboles ó á sombra más obscura aún, no podré decir que no he recogido el fruto espiritual abundante y sazonado. Y no se me rependa este pequeño desahogo personal, que las fiestas de Orense *vida contemporánea* son, y de ellas podría decir mucho en esta crónica, si justamente no me lo estorbaba el pudor de hablar de cosa propia, de algo que me toca tan de cerca y tanto me honra. Ni una palabra más acerca del radiante viaje ayer terminado; á pesar de mi costumbre de enterar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de mis correrías y excursiones por España y por fuera de España, esta vez prescindo de toda nota pintoresca.

Ya están abiertas las Cortes. ¡Fuego de Dios con las Cortes y el calor que en ellas hace! No comprendo por qué siempre se convocan las Cortes en el rigor del verano, lo mismo que si se aspirase á que los padres de la patria no salgan con vida de la empresa.

Cuando digo que se convocan las Cortes en el rigor del verano, cometo una inexactitud: muchas veces se convocaron con tiempo fresco, pero se prorrogaron hasta los meses más crueles. Las de 1850, en ese particular, anduvieron gobernadas por mano acertada en graduar temperaturas. Abriéronse en octubre. Algunas otras, como las de 61, 62, 64, en noviembre y diciembre. Pero desde 1880 acá, noto la tendencia á abrirlas en marzo, abril, mayo y junio, que es tanto

como sentenciar al horno de Babilonia á los que han de reñir la parlamentaria batalla.

Muy desacreditado está el sistema. No lo está aquí tan sólo: en muchas naciones latinas, sobre todo latinas, corren malos vientos para él. Sin embargo, no se ha descubierto, hasta la fecha, cosa mejor. La reunión y la deliberación por medio de la palabra las encontramos en el origen mismo de la vida de los pueblos, en los países primitivos, en la pipa ó *calumet* del gran consejo indio, en la asamblea de los ancianos de Israel, en la *Iliada*, donde, en momentos de peligro, vemos cómo se juntan y deliberan los jefes, en forma realmente parlamentaria. Milton otorga al parlamentarismo más rancio abolengo; en el Infierno nos describe las sesiones de un parlamento de demonios.

Enormes son sin duda los defectos de que adolece la institución; de seguro está tan enferma como las demás, como lo está en España todo; y no obstante, sería difícil reemplazarla: no se ve el medio. Es el parlamentarismo una de las muchas cosas que aquí no pecan por esencia, sino por cúmulo de accidentes que han llegado á viciar ó á encubrir lo esencial mismo. ¿Se le ha ocurrido á nadie pensar lo que serían, lo que podrían ser unas Cortes sinceras, unas Cortes elegidas libremente por la nación, sin coacciones, sin influencias, sin amaños, sin ese encasillado que se parece al *tehin tehin* del mandarinato en los países sujetos al látigo y á lo inflexible de la jerarquía? ¿Existiría espectáculo más hermoso? ¿Qué no saldría de ahí? ¿No encontraríamos, en esa reunión de hombres verdaderamente delegados por España, el fondo de nuestra alma y de nuestra voluntad?

Hay quien dice y asegura que para cumplir este prodigio, no bastaría que el gobierno tuviese un arranque de sinceridad y abnegación y prescindiese de gobernadores, caciques y auxiliares de todo género. Es más: hay quien cree que ni por quererlo y ordenarlo el gobierno se conseguiría. Así como un ratón mecánico, después de haberle dado cuerda, marcha él solito, el país tiene cuerda de obediencia y sólo haría las elecciones á gusto del poder... ó no las haría, se retraería, se quedaría en su casa, y el día solemne de las elecciones nos encontraríamos sin diputados, artículo, como nadie ignora, de primera necesidad.

Al abrirse las Cortes los espectáculos se cierran. Queda Madrid entregado á las diversiones propias del verano; diversiones de botijo, estoy por llamar á esas óperas baratas, esos teatrillos sin consecuencias, esos jardines agradables, frescos, insípidos, donde casi no hay flores y en vez del rumor de los árboles movidos por el viento, se oye una orquesta. ¿No habéis notado el aspecto triste de las grandes poblaciones en tiempo de verano? Por ahora aún conserva Madrid su alegre fisonomía de primavera: el riego refresca sus *squares*, las horchaterías tienen parroquianos y parroquianas elegantes, el paseo ofrece, entre el molinero de los coches que ruedan suavemente por la tierra húmeda, el cuadro variado de las modas de estío, de los atrevidos sombreros de estación, de los colores claros de la ropa; pero esto poco va á durar: dentro de un mes, así que el sol de julio derrame sus olas de fuego, la Castellana y el Retiro empezarán á despoblarse, las calles á quedarse medio desiertas, las tiendas á no vender, los puestos de horchata y limón á instalarse en mitad de la acera, apoderados de la esquina, y la gente á recluírse entre cuatro paredes, hasta la hora del anochecer, en que se atreven á respirar un poco, en sillas á la puerta de casa, ó al pie de las fuentes, al regalo de la humedad del agua fluente y viva. Alguien ha descrito la tristeza propia de los países de nieblas y fríos; ¡cuánto más aburrido es un pueblo donde hace tanto calor y que se queda vacío casi por completo, desierto y habitado, con gente y sin personas!

Los crímenes continúan á la orden del día. Crímenes pasionales, crímenes acompañados de robo: poca variedad, poca amenidad en este aspecto de la crónica. Cuando leo en un periódico «Horrible crimen», de antemano podría relatar lo que sigue. La variedad más frecuente es esta. Un obrero — hojalatero, zapatero, vidriero, ya se recordará la enumeración de *La verbena de la Paloma* — tiene relaciones con una muchacha «que siempre fué honra.» La muchacha, ó porque su amartelado galán le pega, ó porque acostumbra estar beodo, ó porque tiene sus queridas, ó por cualquier otra fruslería del mismo jaez, determina romper y no acordarse más del santo del nombre de aquel individuo. Él no está conforme: desea continuar. Ella le significa su resolución: él se lamenta, se mesa los cabellos, profiere imprecaciones sordas y reniega de su indecente suerte. Ella, firme que firme.

Pasan dos meses ó tres. La muchacha, aburrida de coser ó de fregar, decide asistir á un baile ó darse una vuelta por la plazuela. El ex novio la sigue allí, y apenas le echa la vista encima, la apremia para reanudar. Niégase la chica por última vez; el galán saca un revólver ó empalma una faca «de grandes dimensiones» y la clava con insistencia en la región H ó B del cuerpo de la desdichada. Cae ella, sin proferir un grito, en un charco de sangre: él la besa; se entrega á los guardias; le juzgan; el defensor le pinta como un Oteló forrado en Wérther; el tribunal le aplica cuatro ó seis años, si no le absuelve... y aquí no ha pasado nada, señores.

Porque la lenidad con esta clase de crímenes es grande. Sale bastante barato dar muerte á una mujer. Sería conveniente que costase algo más: tal vez así lo pensarían mejor los celosos y los apasionados. La palabra *pasión* se toma aquí en un sentido vago y falso, como antes se tomaba la palabra *honor*. Tal *pasión* es sólo capricho, sensualidad, vanidad mortificada. Para discernir cuál es pasión verdadera, si el asesino era realmente un maniático de pasión ó es sólo un violento que satisface su inclinación á la violencia, debiera averiguarse cuidadosamente la vida anterior, el comportamiento, el cómo se hubo siempre el matador con la víctima. Si el supuesto loco de amor es un vicioso, un mujeriego infiel, uno de los muchos que maltratan á la infeliz á quien acabarán por asesinar, la severidad de los jueces debería apoyarse en estos datos, la pena debería ser fuerte y máxima.

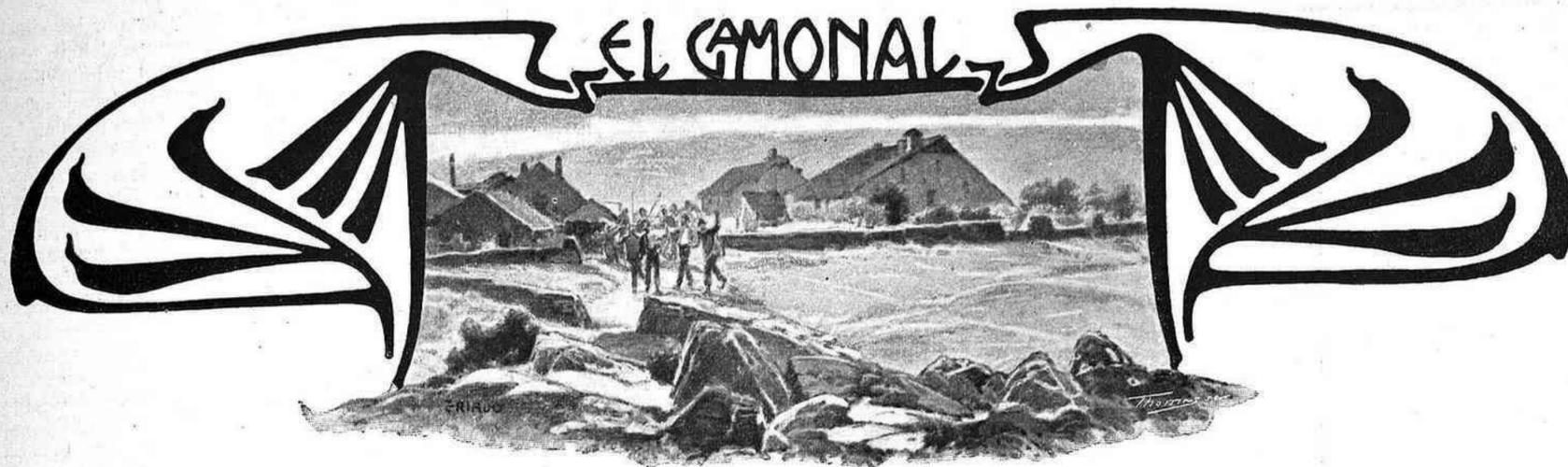
Unos delincuentes á quienes yo absolvería son los gitanos estafadores por el procedimiento de la buenaventura. ¿Absolver he dicho? Estoy por añadir que les daría un premio. Como que les encuentro donaire, gracia y garabato, mientras los estafados me parecen unos majaderos merecedores de eso y mucho más. Si les sacan el dinero, bien empleado: ¿quién les manda ser idiotas y supersticiosos?

Véase, por ejemplo, lo que estos días ocurre á una Menegilda llamada Josefa Varela. Remitió ésta á una hermana suya una cantidad de dinero, y en la duda de si lo había ó no lo había recibido, quiso consultar el horóscopo de la cartomancia, que para tales casos es lo indicado y seguro. Dos gitanas tan listas como ella era simple, la llevaron á casa de otra egipcia, la cual, mediante treinta y cinco céntimos — el precio de una cajetilla de cigarros — la sacó de dudas echando las cartas y declarando no recibido el dinero. Al mismo tiempo, la anunció un premio á la lotería, y consiguió que la doméstica entregase, para lograr el anunciado premio, todos sus ahorros, un reloj con su cadena y una falda. Y hubiese traído el redaño, si se lo piden. ¿Castigar á las gitanas? Mejor fuera sentenciar á la incauta, para escarmiento de otros incautos, á llevar una albarda los días de fiesta.

El vizconde de Iruete, persona muy conocida en la sociedad madrileña, y que acaba de morir de un ataque al corazón, es una nueva y tardía víctima de aquel terrible descarrilamiento del Sur Expreso que yo anuncié en una de mis primeras crónicas de la Exposición universal. ¡Como que no podía menos de suceder, dado el estado de la vía entre Bayona y Burdeos! Pocos días después de mi predicción (fácil era profetizar lo que saltaba á los ojos) ocurrió la catástrofe. El vizconde salió ileso, según los periódicos anunciaban. Ileso, sí; pero como las personas á quienes hiere el rayo, que se mantienen en pie algún tiempo, en virtud de extraña y misteriosa fuerza, y de súbito caen para no levantarse más. No era sin embargo el vizconde hombre de ánimo apocado ni de condición astudiza: al contrario, pasaba por espadachín y pendenciero, dedicábase á atrevidos *sports*, y una de las muchas veces que tuve el gusto de hablar con él, vestía la casaca roja del *gentleman rider* y venía de correr liebres en la Venta de la Rubia con la infanta Isabel, que tampoco peca de medrosa y sedentaria. Pero ¿quién ignora que en esto del valor existen anomalías singulares? ¿Quién desconoce que el estado del ánimo, la hora, el sitio, las circunstancias, determinan la impresión y la hacen á veces profunda y mortal?

El vizconde de Iruete quedó herido de muerte al presenciar el espantoso descarrilamiento. El cuadro de horror que le rodeaba le hizo tal efecto, que no pudo resistirlo su organismo. En la fuerza de la edad, lleno de vida, le mató una impresión más moral que física, aunque físicamente también el sacudimiento no sería flojo. Y he aquí un caso en que parece difícil aplicar las leyes referentes á indemnizaciones, por siniestros, en las compañías ferroviarias.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Mucho antes del amanecer, y eso que á principios de julio amanece pronto, comenzó á sentirse en Villanoble ruido desusado: abrir y cerrar de puertas, pisadas de gente por las calles, conversaciones breves á media voz... ¿Qué sucedía?

Que daban los gamones.

Es decir, que los descotaban, pues hasta aquel día habían estado cotos con la multa de dos pesetas á cada persona que fuese á ellos, á más de quitarla los que hubiera arrancado.

Hay sitios cercanos al pueblo, como la Cuesta, los Hoyos de la Jana y Vallesón, donde los gamones no se cotan nunca, y de allí, desde que empiezan á apuntar, empiezan los rapaces á traer todos los días fardeladas para ir manteniendo los gochos, que no digamos que engordan mucho con ellos, pero cogen lo que se llama buena tez y se ponen lucidos para la venta, si llega el caso.

Mas en el Valle los gamones están siempre cotos hasta que acaban de crecer y se sazonan, que suele ser por al redor de San Pedro, y entonces se dan en dos días distintos: el primero, solamente los destinados al berrón, ó marrano semental, cuyo dueño, así como tiene la pejiquera de cuidarle y sostenerle en utilidad y provecho de sus convecinos, sin poder venderle ni caparle durante el año, tiene también el privilegio y la ventaja de que se le reserve intacto para él solo el gamonal mejor y más descansado, la Majada Vieja; el segundo día se dan ya los gamones para todos, con entera libertad de ir cada uno donde más le agrade.

Aquel era el día señalado, y así se explica el ruido que desde muy temprano comenzaba á sentirse en Villanoble, ruido que luego se fué convirtiendo en verdadero alboroto.

Si habían de coger el día por la punta y aprovechar la mañana, que es cuando se trabaja mejor, empezando á arrancar gamones en cuanto se viera, no tenían los gamoneros que amanecer dentro de poblado. Por eso madrugaban tanto y alborotaban llamándose unos á otros.

— ¡Tía Mari-Manuela!, gritaba una voz femenil muy delgada, llamando á la ventana de una cocina donde había luz. ¿Se levantó ya Juan?

— No, hija, no; todavía está con los angelitos, la contestaba desde dentro la interrogada.

— ¡Claro!, replicaba la de fuera, tardó anocheceador, mal madrugador. Andaba por ahí á la media noche cantando la ronda, y ahora... velahí...

— Le voy á llamar ahora mismo... ¿quieres entrar?

— No, señora, no; dígame que se levante aprisa, que marchamos..., que vaya al Bijueco.

— ¡Tía Rosa!, voceaba otra muchacha golpeando una puerta con un canto, ¿marchó ya la su gente?

— Sí, mujer, la respondía la dueña de la casa. ¡Cuánto hace ya que marcharon!..

— ¿Adónde iban?

— A Valmañida..., y ya estarán cerca de allá.

— ¡Vaya, bien madrugaron!

— Casi no dormieron...

— ¡Pepe!, llamaba un mozo á otro con voz atronadora. ¿Tienes un cordel que no te haga falta?

— Entra en el corral y quita el del arado, que no tengo más.

— Pues espérame.

— No puedo, que ya van los otros andando. ¡Corre!

Pocos momentos después iban ya todos los gamoneros al valle arriba con grande algazara, mientras que la población había vuelto á quedar en silencio profundo.

De cada casa iba una cuadrilla de seis ó siete entre mujeres y rapaces, como rozadores, y con cada cuadrilla iba un mozo de bajador, todos de la familia, si los había, y si no jornaleros, que naturalmente habían de ser de los pueblos del redor, porque dentro de la villa era inútil buscar, pues el que más y el

que menos tenía que ir para sí. Lo más que se podía conseguir entre vecinos era algún cambio; verbigracia, que de una casa donde había dos ó tres mozos, dieran uno para bajador á otra casa donde no había más que mujeres, dándoles una rozadora.

Estas iban todas muy majas, como si fueran á una romería; y poco menos era en rigor el gamonal, pues de medio día para adelante casi no se hacía otra cosa más que bailar y divertirse. Unicamente por la mañana era cuando se habían de arrancar gamones con codicia.

La operación en sí no es complicada ni trabajosa; pero si se quiere aguantar mucho á rozar, hay que menearse bien y doblar mucho el espinazo, aún más que para segar á hoz, que es uno de los peores oficios que puede haber; y como á la tarde se ha de ver y comparar el trabajo de cada cuadrilla representado por la cama de gamones que haya rozado, ninguna quiere quedarse por bajo de otra, todas quieren sobresalir y andan siempre á ver quién más aguanta. La obra consiste en echar la mano derecha á un pie de gamones, tirar de él y arrancarle, haciendo lo mismo con otro y otro hasta llenar la mano; cuando ya no se pueden abarcar más, se pone la manada debajo del brazo izquierdo, y á hacer otra en seguida, para ponerla igualmente bajo el sobaco y continuar la tarea; y cuando se llega á reunir un buen sobacado se posa en el suelo, en una vereda ú otro sitio visible para que el bajador le encuentre, y á juntar otro. El bajador va detrás recogiendo los sobacados y los va poniendo en rima contrapeados, es decir, las raíces de uno con las cimas de otro, hasta formar una buena carga que ata fuertemente con un cordel, y sentándose en el suelo de espaldas contra ella, la agarra bien, se levanta con ella como puede y la baja á la cama; es decir, á una campera de las bajeras donde se han de tender los gamones al sol para que sequen, y vuelta á subir por otra carga.

Al bañar el sol esplendoroso las empinadas laderas de los valles, el gamonal ofrece un aspecto amenísimo. Acá y allá se ven los sobacados de gamones cuyas raíces blanquean como la nieve, contrastan con lo verde del tallo, y los bajadores que en mangas de camisa serpentean sin cesar por entre la maleza para recogerlos y hacer la carga. Las rozadoras, que se han despojado de sus galas por no deslustrarlas con el rocío ni rasgarlas entre las escobas, quedándose en zagalejo encarnado, al cruzar sobre la yerba asoleada y amarillenta de las escampadas del monte, parecen amapolas en un trigo maduro. Y luego, con la belleza de la luz del sol, que á aquellas horas todavía no quema ni sofoca, la gente se anima, los rapaces se vocean de un cerro á otro, las mozas rompen á cantar cada cual su tonada diferente, y nueva si es posible, y los bajadores dan tras de cada cantar un relinchido atronando el monte, que todo es alegría y contento.

Mientras tanto, de la poca gente que en el pueblo quedaba, una buena parte sale también con dirección al gamonal, una persona por lo menos de cada casa, á pie ó á caballo, á llevar el almuerzo á los gamoneros.

Entre las plazas montadas iba Antonino reblagado en un burro negro con unas alforjas muy grandes, pues llevaba, además del almuerzo, la comida para su gente. Por cierto que al verle ir muy tieso en el burro no faltó quien dijera:

— No sé si tú volverás así á la tarde... Milagro será que dejes de mangarla...

Porque el pobre Antonino tenía fama de ser demasiado amigo del sorbo y efectivamente lo era.

Un rato después, salía su amigo Lucio montado en una yegua muy alta, y como ésta andaba mucho más que el pollinejo de Antonino, le alcanzó pronto y fueron en conversación cortando un vestido al alcalde porque había tardado en dar los gamones.

— Bien nos va á calentar hoy el sol, dijo Lucio, según está el cielo despejado, que no se ve una nube como una cardada de lana.

— ¡Claro! No digas calentar, di que nos va á abrasar, repuso Antonino, y más con lo adelantada que va ya la estación..., porque es mucho más tarde que otros años.

— Sí, algo más tarde es, y pocas veces creo que se habrá visto dar los gamones el 11 de julio.

— No se había visto nunca, hombre, nunca. Ha sido una animalada del alcalde el no darlos primero, porque están ya pasmados del sol y se van á hacer polvo.

— Buena lástima ha sido dejarlos perderse..., precisamente este año que dicen que había muchos.

— Muchísimos: uno es decirlo y otro es verlo... Así están de buenos también los prados y las tierras, porque ya se sabe, año de gamones, año de montones... Pero ese bruto de ese alcalde, que merecía más palos que el burro de un arriero...

— Mejor los merecía quien le nombró, porque, como dice el antiguo refrán, asno sea quien asno batea, y el que pone hombres así en esos cargos es el que había de pagar por ellos, por ser el que tiene más culpa.

— Culpa tendrá quien le puso, pero también él la tiene de las tonterías que hace, y créete que le estaba tan bien una tollina como á un santo una vela... Y no será tarde cuando acaso...

— ¡Quita, hombre! Eso sí que sería confundir las cosas y por dar en el asno dar en la albarda... ¿Qué culpa tiene el pobre Tomasón de no tener entendimiento?

— Anda, que aunque es tonto, bien sabe á su casa. ¿Por qué te parece que ha tardado tanto en dar los gamones?.. Pues porque le tocaba la vecera de los corderos y después la de los jatos, y como había de mandar con ellas un par de rapaces, tenía dos rozadores menos. Por eso esperó á que las veceras pasaran de su casa á las de los vecinos...

— Yo creía que aguardaba á que vinieran de campos los últimos carros.

— No lo creas; eso á él no le importaba... Además que ya hace cuatro ó cinco días que vinieron... Hombre, y á propósito, ¿qué tal vino habrán traído?

— Bueno, de La Moraleja, muy rico. Lo probé anteayer tarde en casa del cojo.

— Ahí tienes al vecino más feliz y á quien yo más envidio...

— ¡Hombre! No será porque es cojo.

— No; porque es tabernero... ¿Te parece poca felicidad eso de poder beber vino cuando quiere?

— Lo mismo podemos beberlo tú y yo, teniendo cuartos...

— Ahí está el demonio..., que yo no los suelo tener, y él, aunque no los tenga, tiene el vino á mano.

— Pero si lo bebe, en lugar de venderlo, pronto acaba... Y más ahora según está de caro. Hoy para traer una canal de vino se necesita un montón de dinero..., mientras que un real para un cuartillo á nadie le falta.

— No estoy conforme..., y desengáñate, que así como respecto del pan se dijo: año malo, panadera en todo cabo, porque es difícil que, por muy escaso que ande el pan, llegue á faltar para la que lo amasa, así en esto, para poder beber vino, esté caro ó barato, no hay como tener cerca la espita.

— Pues yo creo que si fuera tabernero no me gustaría el vino, porque con estarlo oliendo todo el día se me quitaría la gana. Algunos taberneros lo llegan á aborrecer...

— No sería el hijo de mi madre... Digo, me parece. Malo había de andar cuando yo aborreciera el vino.

En estas pláticas llegaron los dos amigos á donde tenían que separarse, porque Antonino había de en-

trar para el Bijueco, valle afluente del principal, y la gente de Lucio estaba en otro valle más arriba.

Llegó Antonino al sitio destinado por antigua costumbre para tender los gamones, y como era el último que llegaba, pues ya estaban allí los almuerzos de las demás cuadrillas, comenzaron a bromear con él, diciéndole irónicamente:

— ¡Cómo madrugó, tío Antonino!

— Estaría esperando á que fuera bien de día para ver á venir.

— Ya creíamos que se había usted caído en la lumbre...

— No ha habido nada de eso, replicaba él sacando de las alforjas las provisiones, sino que me junté con Lucio y vinimos los dos hablando, sin apurar á las caballerías...

— Ya se conoce, le replicaban, mientras él seguía sacando cosas de las alforjas, sin trazas de acabar en un buen rato.

Llevaba Antonino gran prevención de almuerzo y comida, porque como estaban en aquel mismo valle las hijas de la viuda, á una de las cuales cortejaba su hijo Cipriano, y habían de comer juntos, la madre del novio había echado la casa por la ventana queriendo lucirse.

Llegados ya los almuerzos de todas las cinco ó seis cuadrillas que había en aquel valle, comenzaron los que los llevaban á vocear á la gente que andaba por el monte para que bajara á almorzar, y pronto se hallaron todos reunidos.

Se formó un gran corro en la campera y empezaron á comer las sopas de ajo que iban en anchos barreños con asa. Desocupados éstos, corrió todo al redor una corpulenta cestella de blancas mimbres llena de vino de La Seca, y luego aparecieron los frisuelos, «especie de fruta de sartén,» que dice la Academia, para no decir nada, según su costumbre, sólo interrumpida alguna otra vez para decir al revés las cosas. El frisuelo, comida clásica del gamonal, viene á ser, siguiendo el académico estilo, una especie de tortilla sin huevos, que pasa por cosa imposible de hacer, pero se hace, supliendo aquéllos con harina y agua. Es decir, que después

Una verdadera montaña de frisuelos se formó en medio del corro con los llevados de todas las casas, y al cuarto de hora ya había casi por completo desaparecido. Verdad es que también había dado ya otras dos ó tres corridas la cestella del vino blanco hasta desocuparse, y había sido reemplazada primero por un bote de regulares dimensiones y después por una barrila de Guardo. Porque, eso sí, los frisuelos son muy sabrosos, pero empapan, y piden remojarse á menudo.

El postre fué la leche, un gran ballico de leche

caliente que había llevado Fermín y que se consumió, la mitad migado en los barreños de las sopas después de enjuagados en el reguero, y la otra mitad bebido por una mortera de madera que iba dando

no se encontraba suelto para andar por las cuestas. Pero lo que hizo fué volverse pronto al hato, donde estaban las provisiones y donde el primer bajador que volvió con una carga le sorprendió haciendo fiestas á una barrila.

A eso de las diez los bajadores se reunieron junto á las provisiones á echar un trinquis, pero los rozadores no suspendieron su labor hasta mediodía. Entonces volvió á formarse el corro como por la mañana, siendo la comida aún más deliciosa y más animada que el almuerzo. Como de algunas casas no habían traído por la mañana más que lo necesario para almorzar, trajeron entonces comida caliente, de manera que había manjares para todos los gustos; y mientras las mujeres se inclinaban más al puchero, los hombres preferían las fiambres y embaulaban tajadas de chorizo y de jamón que era un gusto, humedeciéndolo todo con frecuentes succiones de la barrila ó del bote que andaban á la redonda sin parar, y todo entre chistes y bromas y hazañas, como la

de empujarle de repente la vasija al que estaba bebiendo para hacerle añusgarse y derramar el vino por la pechuga.

Acabada la comida empezó á sonar alegre y bulli-

ciosa la pandereta, que no se habían olvidado incluir entre los avíos, y se armó el baile. Huelga decir que las muchachas, antes de salir de entre el arbolado y presentarse en la campera para comer, se habían vuelto ya á poner las sayas de indiana y los pañuelos de color de rosa al cuello, no sin haberse antes lavado la cara y atusado los rizos en alguna fuente.

De la animación y alegría del baile tampoco es menester hablar. Sólo merece especial mención la frecuencia con que Victoria, la mayor de las hijas de la viuda, y Cipriano, el hijo de Antonino, bailaban juntos.

Ya se decía desde tiempo atrás si eran ó no eran novios; pero aquel día la creencia acabó de confirmarse.

— Eso parece que va muy bien, tío Antonino, le decía al padre del mozo una gamonera que no bailaba.

— Yo no sé; allá ellos, la contestaba Antonino con satisfacción mal disimulada.

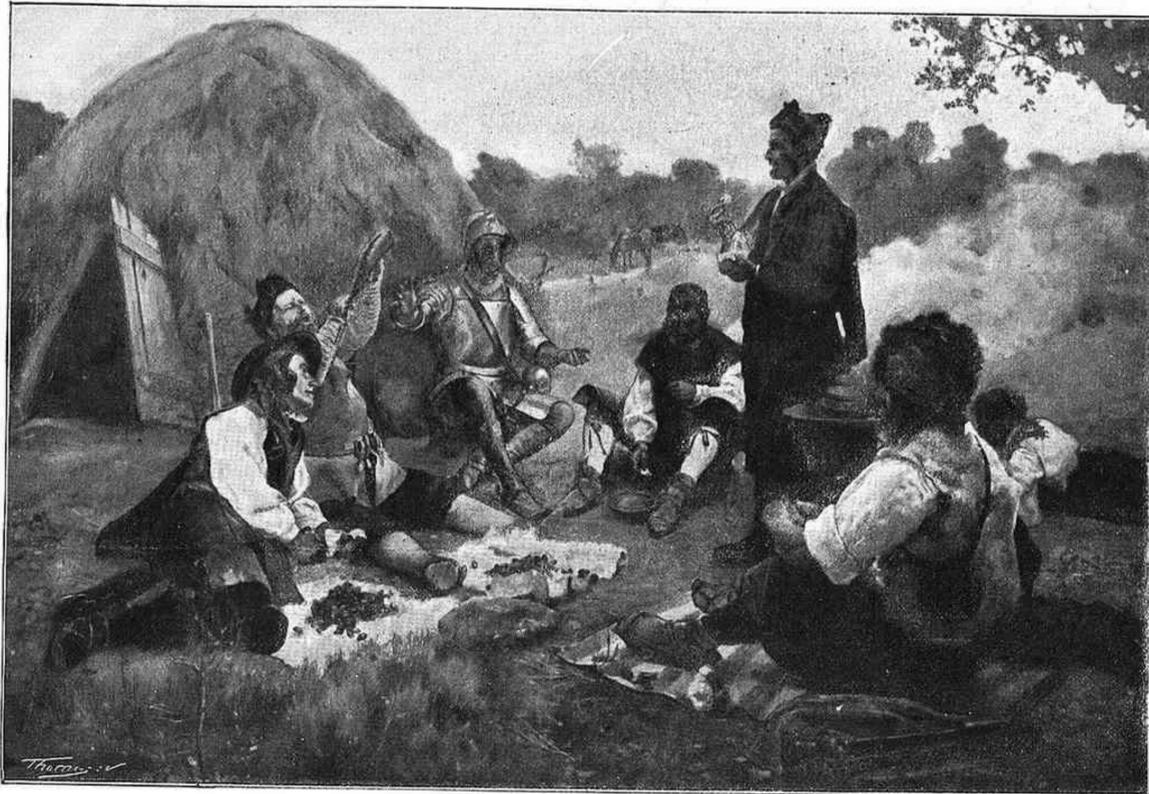
Porque la viuda, como la llamaban por antonomasia en el pueblo, tenía buen caudal para solas dos hijas, de modo que si Cipriano se casaba con una de ellas hacía una gran boda.

Y se hubiera casado, pues aquel día se habían formalizado mucho las relaciones, á no ser por un suceso que vino á romperlas...

Ya por la tardecica, después de merendar, se dispuso la gente á marchar hacia el pueblo. Los mozos y las mozas daban prisa por llegar al baile general, que se verificaba en las

eras, cerca de la entrada, y al cual concurrían todas las cuadrillas que durante el día habían estado aparladas en distintos valles.

Antonino, que estaba ya bastante *cargado*, andaba



LA EDAD DE ORO, cuadro de Juan Francés, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

vuelta al corro como las vasijas del vino y se iba rellenando conforme se vaciaba.

Suscitóse luego la cuestión de si tras de la leche se podía ó no beber vino otra vez, y aunque las mu-



LA OLA, escultura de J. M. Alcoverro. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

eres se pronunciaron todas por la negativa, los mozos la resolvieron afirmativamente fundándose en un refrán que conocían ellos y que decía: después de la leche..., eche.

Echaron otro trago en consonancia con el refrán

Ya se decía desde tiempo atrás si eran ó no eran novios; pero aquel día la creencia acabó de confirmarse.

— Eso parece que va muy bien, tío Antonino, le decía al padre del mozo una gamonera que no bailaba.

— Yo no sé; allá ellos, la contestaba Antonino con satisfacción mal disimulada.

Porque la viuda, como la llamaban por antonomasia en el pueblo, tenía buen caudal para solas dos hijas, de modo que si Cipriano se casaba con una de ellas hacía una gran boda.

Y se hubiera casado, pues aquel día se habían formalizado mucho las relaciones, á no ser por un suceso que vino á romperlas...

Ya por la tardecica, después de merendar, se dispuso la gente á marchar hacia el pueblo. Los mozos y las mozas daban prisa por llegar al baile general, que se verificaba en las

eras, cerca de la entrada, y al cual concurrían todas las cuadrillas que durante el día habían estado aparladas en distintos valles.

Antonino, que estaba ya bastante *cargado*, andaba



PLEGARIA EN LAS ERMITAS DE CÓRDOBA, cuadro de Tomás Muñoz y Lucena, premiado con consideración y honor de primera medalla. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

y todo el mundo se fué monte arriba á continuar la obra. Hasta Antonino se metió por entre las primeras hayas diciendo que también él iba á rozar algún gamón donde no estuviera muy pindio, porque ya

Antonino, que estaba ya bastante *cargado*, andaba

perezoso para arrancar, con el pretexto de colocar todos los chismes en las alforjas; pero en realidad por quedarse solo para escurrir un bote que todavía tenía vino.

— ¡Vamos, tío Antonino! ¡Vamos, tío Antonino!, le decían todos al marchar.

Pero él les iba dejando salir a todos, y efectivamente se quedó solo, hizo la suya y se acabó de poner peripitusco.

Trató al fin de montar en el burro y no podía. Le arrimó a un ribón que estaba ya casi más alto que el jumento, y desde allí se tiró a montar con tal fuerza, que dió la vuelta para el otro lado, cayendo en la campera varas a varas. Se encontró a gusto, no hizo por levantarse y se quedó dormido como un troneo.

En tanto los gamoneros llegaron a las eras, bailaron hasta dejarlo de sobra y se retiraron a sus casas. Pero Antonino no aportó por la suya.

El sereno de la noche le fué refrescando y espantándole la cogorza, y cuando el frío del amanecer le penetró hasta los huesos,

claro porque amanecía, y cuando Antonino entró en el pueblo ya rayaba el sol en los altos.



LA AMIGA EN CÓRDOBA, cuadro de Domingo Muñoz, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

La gente que le vió entrar a aquella hora le abrumó con burlas y chanzonetas, riéndose todos muchísimo; y tanta y tan mortificante resonancia tuvo el suceso, que Victoria dió calabazas al hijo de Antonino, porque no quería ella que el padre de su marido fuera la irrisión de la gente, y porque a lo mejor saldría el hijo lo mismo que el padre, porque siempre se suelen parecer los cascos a la olla.

A. DE VALBUENA.

(Dibujo de Triadó.)

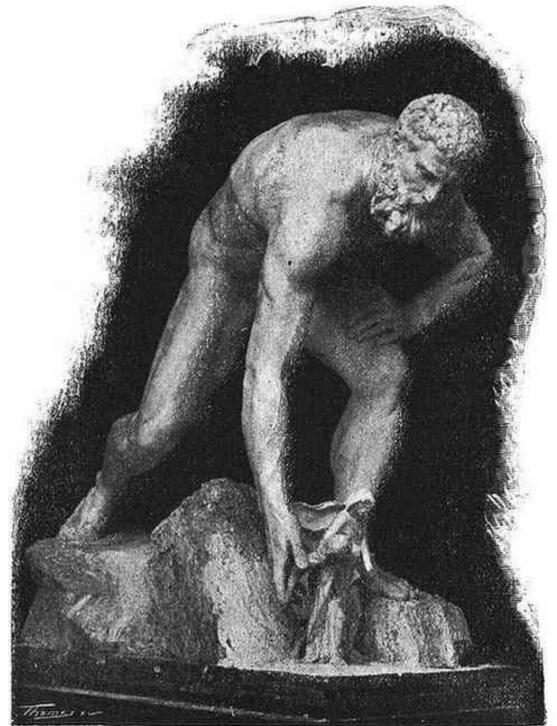
EXPOSICIÓN

NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1901

Aun cuando nuestro distinguido colaborador Sr. Balsa de la Vega se ha ocupado en los dos artículos recientemente publicados en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de la Exposición Nacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid, nos parece oportuno decir hoy algo de las obras que en esta página y en la anterior reproducimos y que figuran en el referido certamen,



NUBE DE VERANO, cuadro de Antonio García Mencia, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)



EL GIGANTE ANTEO, escultura de Miguel Ángel Trilles, premiada con primera medalla. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

despertó diciendo tan campante:

— ¡Calla! Me dormí un poco... Ya está oscureciendo...

Y montándose en el burro, que cerca de él pacía muy tranquilo, echó al valle abajo.

— ¡Qué silencio!, decía luego con cierta extrañeza. Todo el mundo ha marchado ya... Y el caso es que no se oye tampoco el ruido del baile allá hacia las eras... Puede ser que este año no hayan hecho baile... Pero lo raro es que no acaba de oscurecerse; está lo mismo que cuando salí del Bijueco... y casi casi parece que se va poniendo más claro. ¡Qué cosa más rara!..

Efectivamente, se iba poniendo cada vez más



LA TRILLA EN ÁLAVA, cuadro de Ignacio Díaz Olano, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

habiendo obtenido casi todas ellas honrosas recompensas.

Francés y Mexía, discípulo de su padre Plácido Francés y Pascual y de Emilio Sala, se ha inspirado para su cuadro *La Edad de Oro* en el pasaje del *Quijote* en que el hidalgo manchego, después de bien satisfecho su estómago, tomó un puñado de bellotas y pronunció aquel admirable discurso que comienza: «Dichosa edad y siglos dichosos...» La composición del reputado pintor madrileño está bien entendida, y así las figuras del caballero y las de los pastores que le escuchan, como el paisaje, demuestran el estudio que el autor ha hecho de la obra de Cervantes.

Muñoz y Lucena en su *Plegaria en las ermitas de Córdoba* ha armonizado admirablemente la severidad de la escena y la gravedad de los monjes con lo risueño de aquel cielo incomparable y lo pintoresco de aquellos montes cubiertos de árboles y poblados de poéticos caseríos.

La amiga, de Domingo Muñoz, ha sido concebido como uno de los mejores cuadros de la exposición, y en verdad que la contemplación de esta obra justifica las alabanzas que le han prodigado los críticos y la admiración que ha producido en el público. Hay tanta naturalidad en todas las figuras y tanto acierto en la agrupación de las mismas y son tan encantadoras las cabecitas de aquel enjambre de chiquillas que afortunadamente trabajan presididas por su maestra, que comprendemos la atracción que este conjunto de perfecciones ejerce sobre cuantos visitan el actual certamen.

De un género completamente distinto es *Nube de verano*, de García Mencia; la composición tiene un carácter decorativo y en su desarrollo ha sabido combinar el reputado pintor madrileño los elementos esenciales en esta clase de obras. En la pintura predominan los desnudos, que el autor trata con gran acierto, presentándolos en las más variadas actitudes y algunas de ellas en difíciles escorzos.

La trilla en Alava es una nota ruralista de vigorosa entonación llena de vida y de verdad. La luz intensa que baña el cuadro ha permitido a Díaz Olano producir efectos de claroscuro dignos del mayor aplauso, para lo cual ha tenido que vencer dificultades cuya solución requiere gran conocimiento del arte, mucho estudio del natural y un completo dominio de la técnica.

De la obra de Trilles *El gigante Anteo* nada hemos de decir; preferimos referirnos a lo que sobre ella expuso el Sr. Balsa de la Vega, y consignar únicamente que la primera medalla otorgada a su autor por el jurado ha sido considerada unánimemente como recompensa merecidísima.

La ola, de Alcoverro, es una nueva manifestación

EJÉRCITO CHINO. - MISIONES EN CHINA

Todavía no se ha resuelto del todo el problema chino, pues si bien la guerra ha terminado y las fuerzas expedicionarias se disponen a regresar a Europa y se ha convenido en la indemnización que a las potencias ha de satisfacer el Celeste Imperio, todo induce a creer que subsiste en el fondo la agitación de

hace tres siglos, cuando la conquista de los manchúes; así es que si por un lado las necesidades de las modernas luchas les han obligado a reformar su armamento, substituyendo el arco y la lanza por fusiles y cañones, por otro su táctica en nada ha variado y sus fortificaciones no han sufrido la más pequeña modificación.

Es digno de llamar la atención el hecho de que la gran masa del ejército chino no está a las órdenes del emperador ni se recluta y sostiene en nombre de éste, sino que el virrey de cada una de las 18 provincias de China tiene un ejército propio é independiente de los demás, pudiendo organizarlo, uniformarlo y armarlo a su antojo. Los soldados de las guarniciones prestan además el servicio de policía, y los de los campamentos, cuando no están de maniobras ó de inspección, es decir, casi siempre, se dedican a la agricultura y a diversas industrias, y casi todos ellos son casados y tienen consigo a sus mujeres y a sus hijos.

Con tales elementos y con tal organización no es de extrañar que toda guerra sea para aquellas tropas una serie de continuados fracasos y de derrotas terribles.

La propagación del cristianismo en China data de fecha mucho más remota de lo que generalmente se cree, remontándose, según la tradición, al apóstol Santo Tomás. Es positivo de todos modos que a principios del siglo vi los nestorianos escogieron aquel imperio como campo de su actividad catequística. De todas las misiones de aquel país las más importantes son las católicas, que según una

reciente estadística cuentan allí con 41 obispos, 664 sacerdotes europeos y 559 indígenas, 2.000 escuelas elementales, 34 escuelas superiores, 34 conventos, 3.000 iglesias y capillas y más de un millón de conversos. Además tienen establecidas importantes instituciones de beneficencia, como la Casa de Expósitos de Tsinan-fu, en donde se educa religiosamente y se enseña un oficio a innumerables niños abandonados.

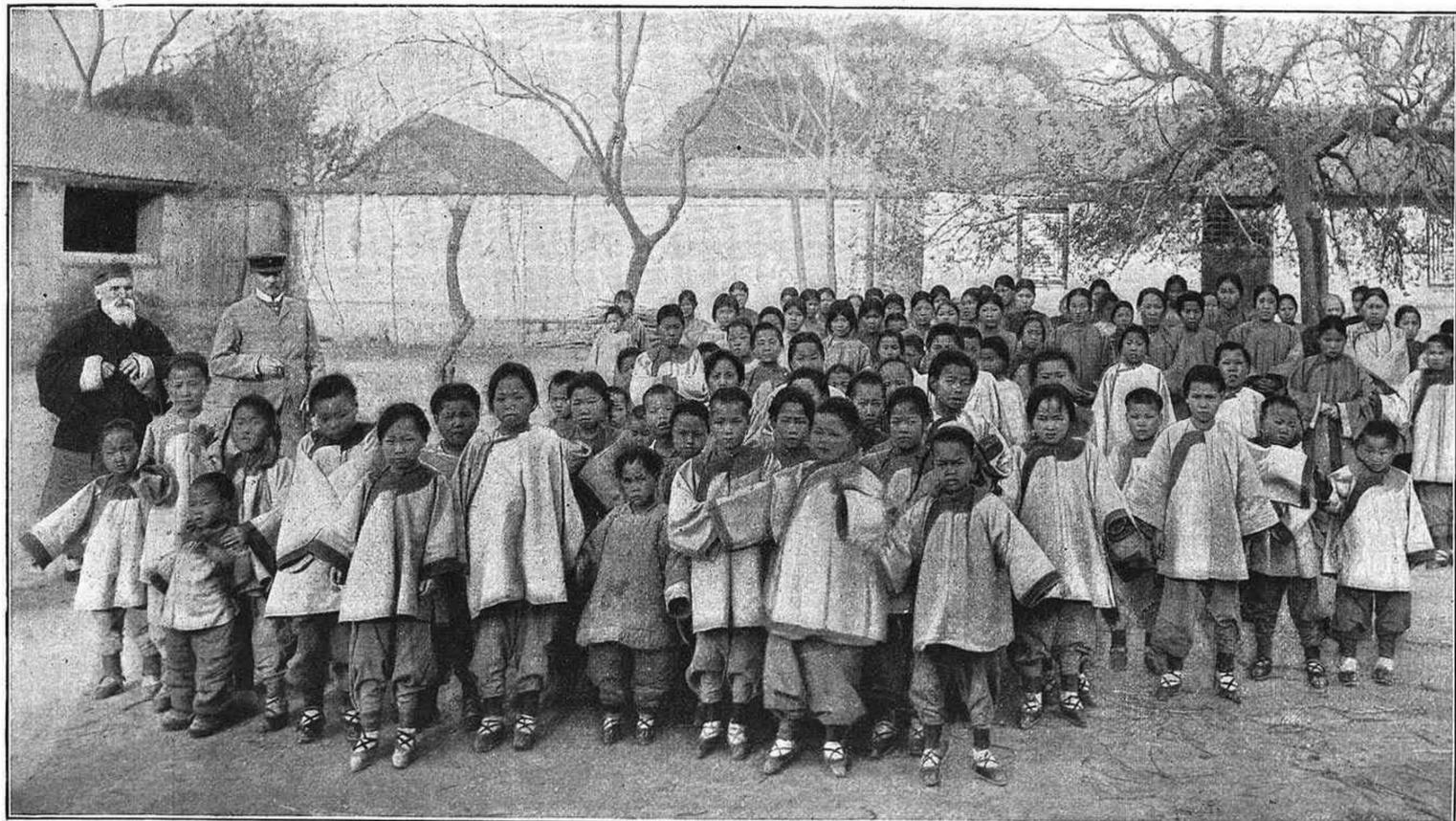
Las persecuciones de que son objeto los misioneros por parte del ignorante y bárbaro pueblo de algunas



EJÉRCITO CHINO. - Artilleros (de fotografía)

los boxers, con la mayor ó menor complicidad de los elementos directores de aquel estado, y que no ha de tardar en manifestarse por nuevos actos de barbarie en cuanto los rebeldes se vean libres de los ejércitos aliados.

Tiene, por consiguiente, interés de actualidad todo cuanto a China se refiere, y por esta razón consideramos interesantes los dos adjuntos grabados que en cierto modo sintetizan uno de los más graves males que padece el imperio, la rutina, el estancamiento, y



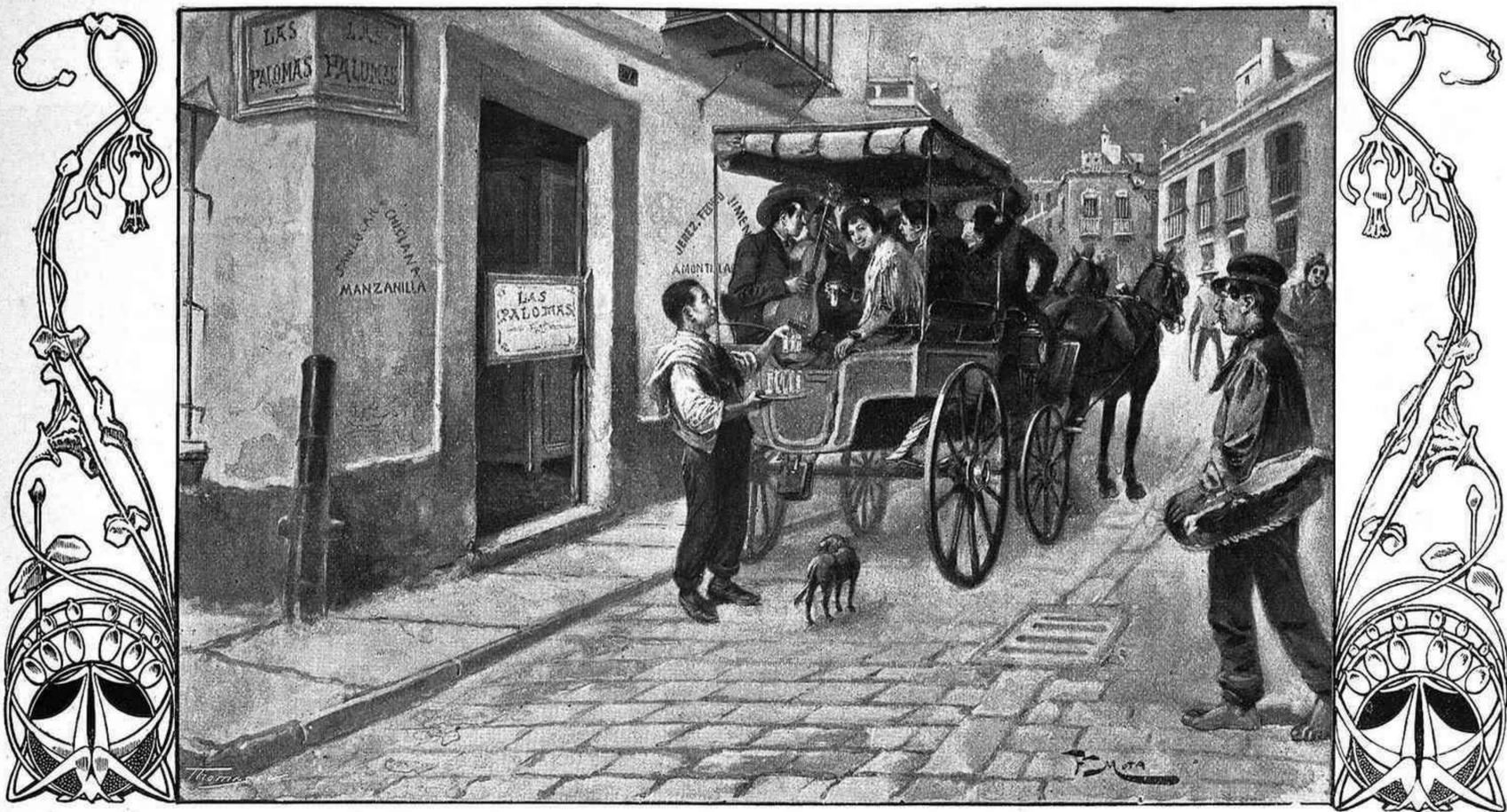
LAS MISIONES EN CHINA.—Asiladas en la Casa de Expósitos católica de Tsinan-fu (de fotografía)

de las excepcionales aptitudes del notable escultor: la figura de mujer tendida sobre el agua está hábilmente modelada y la ola que la envuelve contribuye a hacer resaltar las bellezas de la escultura. - X.

uno de los más poderosos remedios contra esos males, la civilización representada por las misiones.

China ha adquirido mucho material de guerra europeo, pero el espíritu militar es hoy el mismo que

regiones no han hecho más que excitar el celo de aquellos heroicos propagadores de la fe y de la civilización que gustosos derraman su sangre en aras de los grandes ideales que los impulsan. - R.



PÁGINAS GADITANAS.— LA JUERGA, dibujo de F. Mota

PÁGINAS GADITANAS

«LA JUERGA»

Cádiz es una población pequeña, rodeada casi por completo de agua; apenas una estrecha lengua de tierra da el espacio suficiente para que la carretera y la vía férrea pongan en comunicación aquella roca saliente del Mediodía de nuestra península con el resto del territorio patrio; sus calles son cortas y angostas, salvo excepciones contadísimas; sus plazas están en su mayoría convertidas en jardines; los paseos de la que pudiéramos llamar su ronda, en la mitad del perímetro urbano ostentan polvorines y cañones, y á pesar de todo ello, Cádiz es una población en la que el coche no cesa de funcionar.

La distancia más larga que ha de recorrer el habitante en el curso de sus ocupaciones diarias, no excederá seguramente de un kilómetro, y sin embargo, el gaditano es el hombre más aficionado al uso del carruaje; pero no como artículo de necesidad, sino como objeto de distracción.

El hecho se explica tan sólo conociendo íntimamente el carácter de los íncolas de aquella cautivadora región; la *viñera* hermosa que pasea las calles de barrio derrochando la sal á puñados, desprecia los brillantes, desprecia los trajes de seda, desprecia el obsequio más delicado; tiene más que suficiente con prender en su negra cabellera una rosa encarnada y colgar sobre sus hombros un magnífico *pañolón* con largos flecos; tiene más que suficiente con lucir su bien planchada falda de percal, que al levantarse atreviéndola ceñida á las caderas, deja ver un palmo de blanco encaje y unos pies diminutos que se aprisionan en el lindo zapato escotado; todo lo desprecia la hermosa *viñera* que por dondequiera que pasa recoge flores regadas por su sonrisa, pero no desprecia una invitación á pasear en coche: esa es su pasión, ese es su delirio. ¡Pasear en coche y detenerse á la puerta de cada *tienda de montañés* para tomar una *cañita* de manzanilla ó un *prive*lo de Jerez! ¡Qué gozo!

El regalo mayor que puede hacer el galán á su amante, el hermano á su hermana, el amigo á su amiga, es una hora de coche; regalo de inapreciable valor que tiene la fuerza intensa del talismán para arrancar una declaración favorable de la mujer querida.

La noche ha esparcido ya sus sombras misteriosas; la luz artificial substituye á las claridades del día; el arco voltaico y el mechero de gas despiden los rayos luminosos que no puede extender sobre la tierra el astro rey; salís á la calle y por delante de vosotros pasa veloz un coche con hombres y mujeres que cantan y palmorean al compás de los rasgueos de una guitarra; el coche se pierde de vista y sentís todavía en los oídos el ruido de la algazara.

Si continuáis andando, no tardaréis en ver otro coche en iguales ó parecidas circunstancias, y llegaréis hasta á ver alguno en el que el cochero forma coro con los del interior del carruaje.

No creáis que estas gentes son malas personas: son familias ó reuniones de amigos que *van de juerga*, divirtiéndose, pasando un rato agradable; y recorren toda la población y pasan por las calles más céntricas parándose en una y otra tienda de bebidas para tomar una copa y proseguir el paseo. Empieza formal la fiesta, pero á medida que las *estaciones* se suceden, la animación aumenta y salen á relucir el *tango* coreado y las *malagueñas* acompañadas.

Al dar la vuelta á una esquina os encontraréis un coche parado á la puerta de una *tienda* y veinte ó treinta personas en torno de él que escuchan extasiadas las *soleares* que canta alguna *artista* de mantón de Manila y pendientes de coral. Un *chicuco* permanece impertérrito á la portezuela del carruaje con una enorme bandeja en la mano, repleta de copas de vino; termina la canción, suenan los aplausos, vacíanse las copas, *se arranca* otra de las *artistas* por peteneras, por ejemplo, y se repite la misma operación hasta que el coche echa á andar para irse á otro sitio á hacer lo propio.

La *juerga* empieza á las ocho de la noche (ó á las veinte, que debemos decir ahora y que han de tardar mucho en decirlo los actores de la costumbre gaditana que vamos describiendo), y puede darse el caso de que á las ocho de la noche siguiente continúe el festival en todo su apogeo.

Las primeras horas transcurren en bullanguero recorrido por las calles de la ciudad, y al acercarse la hora azul, el crepúsculo, en el que la lucha de la luz con las tinieblas se soluciona con la aparición del día, el carruaje traspasa la Puerta de Triana y se dirige hacia la *tienda de Victor* ó hacia la *Posada*, fincas pintorescas enclavadas en las afueras, coquetones restaurantes que constituyen lo más selecto de los barrios de extramuros.

Allí, los expedicionarios, con su Orfeo flamenco, despreciando el vellochino, hacen honor al marisco y á otros manjares del país, congregarán en fraternal banquete matutino para hacer la salutación más espléndida á los albores de la mañana.

Después del banquete, que tiene mezcla de cena y de comida, en el patio cubierto por el emparrado exuberante de pámpanos ó en el cuarto ó camarote interior, según la época del año, se organiza el baile, vibran las voces argentinas de las hembras y los *jipíos* roncós de los hombres, y cuando las gargantas se cansan ó los bolsillos se exprimen, procédese al retorno hacia el hogar.

El coche vuelve por el mismo camino en sentido contrario, llevando rostros macilentos y cuerpos pesados que se inclinan por la fuerza del cansancio y se aletargan por la influencia del insomnio, y llega á la casa sin otro contratiempo.

Será muy posible que después de una *juerga* tenga la familia que ayunar una semana; será muy posible que en un par de días los cuerpos no se repongan del quebranto físico de la *juerga*; pero si los invitáis, antes de las veinticuatro horas, á otro paseo en coche, no aguardéis que rehusen: todo lo dan por muy bien empleado si al día siguiente tienen ocasión de decir á sus amigos: «¡Cuánto me divertí ayer! Estuve de *juerga* con fulano y con mengana.»

Si en la misma capital del reino viérase circular una *jardinera* ó un *break* con una mujer en el pescante junto al cochero y otras en el interior del vehículo acompañadas de sus galanes y el tocador de guitarra, y cantando y palmoreando alegremente, el ciudadano más despreocupado se escandalizaría: en Cádiz esto es moneda corriente, y hasta, contra lo que pueden suponer los moralistas, es un signo evidente de prosperidad.

Mucho han decaído las *juergas* en la época actual, ganando quizás con esto la cultura pública; pero ya quisiera la gallarda ciudad gaditana desenvolverse ahora en el floreciente ambiente en que se desenvolvía cuando la clásica costumbre de que nos ocupamos alcanzaba los esplendores de su período álgido.

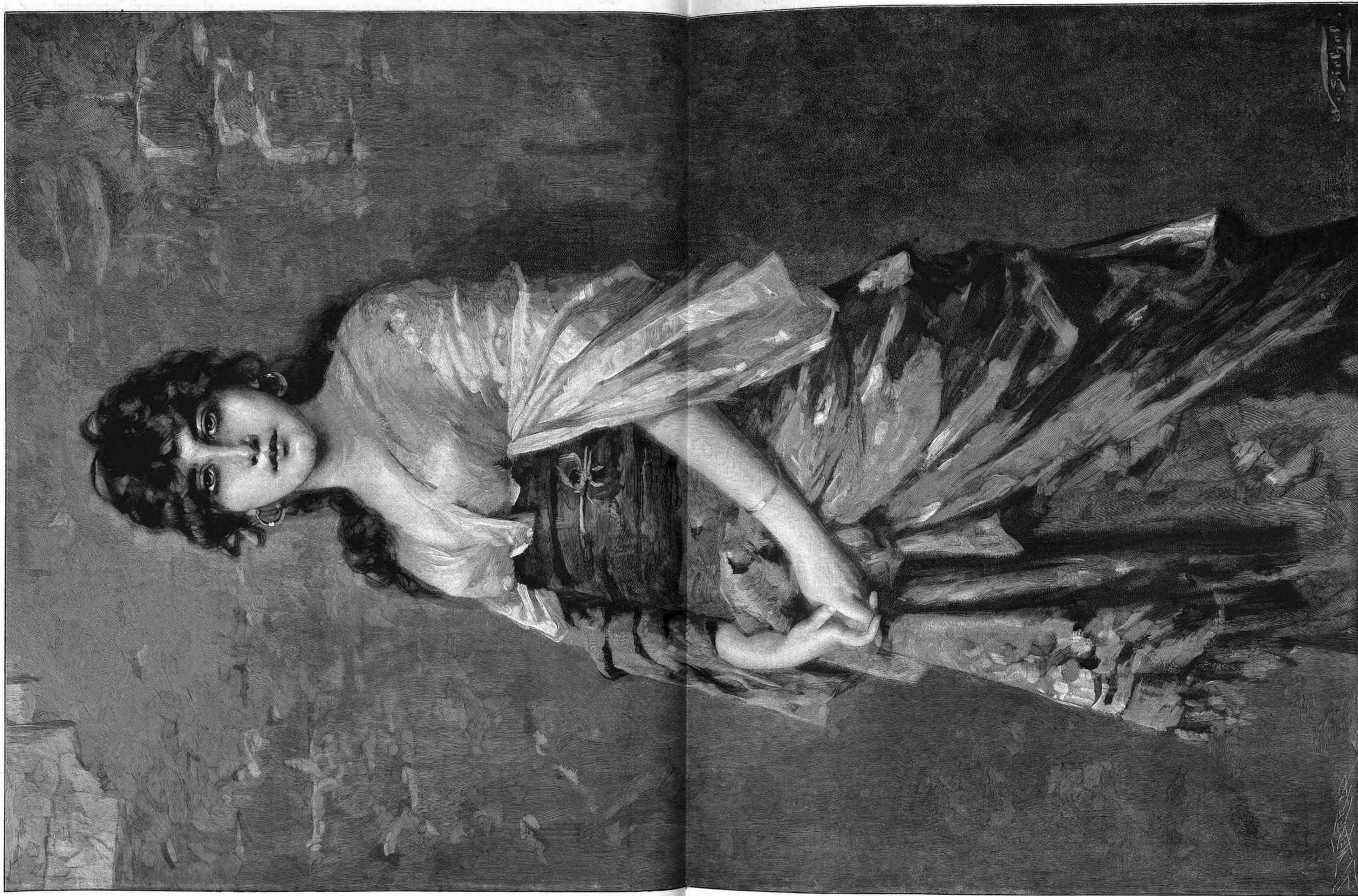
CARLOS BONET.

NUESTROS GRABADOS

D. Leopoldo Alas (*Clarín*).—A las siete de la mañana del día 13 del presente mes falleció en Oviedo el sabio catedrático, publicista eminente é ilustre crítico D. Leopoldo Alas, una de las figuras literarias españolas más importantes de nuestros tiempos. En la cátedra, en el libro, en el periódico y en la tribuna dió *Clarín*, que por tal seudónimo era más generalmente conocido, patentes pruebas de una laboriosidad constante, de un criterio recto, de una ilustración vastísima y de conocimientos profundos en materias de literatura y de derecho. El estudio era para él una verdadera necesidad; sus triunfos, lejos de adormecer su actividad, servían de estímulo y de acicate á su ansia de saber, y la posesión de una cátedra no fué para él, como es para muchos, punto de llegada, meta que una vez conseguida permite el descanso relativo, sino que fué punto de partida, estación de etapa desde la cual prosiguió, si cabe con mayores alientos y mayor entusiasmo que antes, su obra de cultura meritísima.

D. Leopoldo Alas nació en Zamora en 25 de abril de 1852, cursó la carrera de Derecho en la Universidad de Oviedo y se trasladó luego á Madrid para doctorarse. Entonces comenzó á darse á conocer como periodista y escritor, publicando en *El Solfeo* sus primeros artículos críticos que tuvieron gran resonancia. Sus tareas literarias no le hicieron descuidar su carrera, antes al contrario, continuó sus estudios especiales, en los que se distinguió notablemente, y aprovechó la primera ocasión para tomar parte en unas oposiciones á la cátedra de Economía Política de la Universidad de Zaragoza; mas á pesar de haber logrado el primer lugar en la terna, no obtuvo el ansiado y merecido nombramiento. No se descorazonó por esto, y algún tiempo después veía recompensados sus esfuerzos y reconocidos sus merecimientos, consiguiendo tras nuevas y brillantes oposiciones la cátedra de Derecho Romano de la Universidad de Oviedo, que ha desempeñado hasta su muerte.

La labor literaria de *Clarín* es asombrosa. Colaborador en los principales periódicos y revistas de España y del extranjero, con los artículos en todos ellos diseminados podrían formarse:



LA AMADA DEL GHETTO, CUADRO DE NATANIEL SICHEL



gran número de volúmenes llenos de valiosísimas enseñanzas. Como novelista sus obras más celebradas son *La Regenta*, *Pipá y su único hijo*. Sus cuentos, los más de ellos modelos en su género, son innumerables; algunos han sido coleccionados en varios tomos titulados *Cuentos morales*, *El Señor y lo demás son cuentos*, etc. Entre sus obras de crítica merecen citarse especialmente *La literatura en 1881*, *Solos de Clarín*, *Sermón perdido* y *Nueva campaña*; y entre sus conferencias en el Ateneo de Madrid llamaron de un modo particular la atención las que dió acerca de la cuestión religiosa.

Sólo una obra había dado al teatro, el drama en un acto *Teresa*, que fué objeto de apasionadas discusiones y que la generalidad del público no supo, en nuestro concepto, apreciar en lo que realmente valía, tratando de ver en él tendencias que no estuvieron ni remotamente en el pensamiento del autor.



El eminente escritor y crítico D. LEOPOLDO ALAS (CLARÍN), fallecido en Oviedo el 13 del presente junio

Los elogios dedicados á Leopoldo Alas con ocasión de su muerte por la prensa toda y los honores que á su cadáver y á su memoria han dedicado el Ayuntamiento y el claustro de la Universidad de Oviedo, una de las más justamente renombradas de nuestra patria y con seguridad la que más ferviente culto rinde á la ciencia, demuestran elocuentemente la irreparable pérdida que su fallecimiento significa para las letras españolas.

Flor de mayo, cuadro de José M.^a Tamburini.
—Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar las obras del excelente pintor José M.^a Tamburini, que casi juzgamos ocioso emitir nuevos juicios acerca del artista y del lienzo cuya copia figura en estas páginas. Esto no obstante, no titubeamos en consignar que el cuadro á que nos referimos lleva el sello distintivo y característico de su autor, cual es la distinción y el sentimiento. En Tamburini hallanse armónicamente asociadas las aptitudes del pintor y las cualidades del artista. Basta examinar sus obras, aun las más sencillas, para convencerse que cada producción entraña un concepto, expresa un sentimiento, revela algo delicado y hondo que presta encanto á la obra y enaltece al artista.



FLOR DE MAYO, cuadro de José M.^a Tamburini

La amada del Ghetto, cuadro de Nataniel Sichel.—El autor de este cuadro es uno de los que más público tienen en Alemania, y aunque algunas veces la crítica no se muestra con él tan complaciente como quisieran sus admiradores, el hecho es que Sichel puede contarse en el número de los artistas predilectos de su país y que esta predilección no es meramente platónica, sino que se traduce por encargos y adquisiciones pagados á muy buenos precios, hasta el punto de que en todas las exposiciones adonde concurre sus lienzos son los primeros que ostentan la tan codiciada inscripción de «Vendido.» Nataniel Sichel nació en 1844 en Maguncia; comenzó trabajando como litógrafo, estudió luego pintura en la Academia de Berlín con Julio Schrader, que supo apreciar las aptitudes colorísticas y la habilidad técnica de su joven discípulo, y tan rápidos progresos hizo bajo su dirección, que á la edad de veinte años obtuvo con su cuadro *José interpretando los sueños de Faradán* un premio y una bolsa de viaje por tres años. Estuvo en Roma hasta 1867, en donde pintó, entre otros, algunos cuadros de historia, y se

trasladó luego á París para proseguir allí sus estudios, pintando multitud de cuadros para la casa Goupil y presentando en el Salón de 1876 un gran lienzo titulado *Francesca de Rimini*. Desde hace veinticuatro años está establecido en Berlín, dedicado especialmente á los retratos y á los cuadros de fantasía, sobre todo á las figuras de mujeres de ideal belleza, llenas de expresión y vestidas generalmente con ricos trajes orientales que le permiten hacer gala de su dominio del colorido. Ejemplo de la maestría con que trata esta clase de figuras es la hermosa *Amada del Ghetto* que reproducimos y en la cual se admiran la esbeltez, la corrección de las proporciones, la morbidez de las carnes, la viveza de la mirada, la expresión del rostro encuadrado por rizada y negra cabellera y la habilidad con que están pintadas las ropas.

La esposa del general Botha.—Cuanto más tiempo pasa, cuantos más sucesos ocurren en la guerra anglo-boer, tanto mayor es la admiración que produce en todo el mundo aquel interesante pueblo, tan distinto en su modo de ser y en sus costumbres de lo que estamos acostumbrados á ver no sólo en Europa, sino que también en otros países bien distintos de los nuestros. Una de las particularidades que más llaman la atención en él es indudablemente el papel importante que en su vida pública desempeñan las mujeres, y de ello tenemos elocuente ejemplo, aparte de la participación que en los hechos de guerra toman las esposas, hermanas é hijas de los combatientes que en la lucha les acompañan, en la serie de actos recientemente realizados por la esposa del generalísimo Botha: ella fué la que medió activamente en las negociaciones entabladas por lord Kitchener cerca del caudillo boer para concertar la paz; ella es la que ahora ha venido á Europa al parecer con una misión diplomática para el presidente Kruger, que actualmente se encuentra en la Haya. Estos dos hechos por sí solos demuestran lo que antes decimos y son una prueba de la valía de esa dama á quien, por decirlo así, tienen confiados ahora sus destinos sus compatriotas. ¿Cuál será el resultado del viaje de la señora de Botha? Imposible es predecirlo dado el secreto en que hasta el presente se mantiene sobre ello y dadas las contradictorias noticias que acerca de la actitud de los boers circulan, pues mientras unos les presentan como cansados de la guerra y convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos para lograr un triunfo definitivo, otros afirman que están más resueltos que nunca á proseguir en la lucha empeñada hasta vencer ó perecer en la demanda. De todos modos, en Inglaterra parece que se acentúan cada vez más las corrientes pacíficas y ya no se habla allí de sumisión incondicional y absoluta, lo cual no deja de ser significativo tratándose de una nación que hasta hace poco se había mostrado intransigente y contraria por completo á todo cuanto fuese reconocer personalidad á sus adversarios.

Maniobras de caballería, cuadro de José Cusachs (Exposición Robira).—Varias y repetidas veces nos ha cabido la suerte de poder reproducir en las páginas de esta Revista algunas obras del distinguido pintor militar José Cusachs, que á fuerza de estudio é inteligencia ha logrado alcanzar justa cuanto merecida reputación. En todas ellas habrán podido observar nuestros lectores sus especiales conocimientos técnicos, tan necesarios para el cultivo de este género, y sus cualidades artísticas, circunstancias á las cuales debe su notoriedad. En el lienzo que reproducimos, al igual que en los á que nos referimos, nótase la exactitud y vigor de la pincelada, la atinada disposición de las figuras que se destacan sobre un fondo suave y bien entendido, resultando un conjunto agradable y simpático que produce el efecto de la realidad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PRAGA. — Costeada por el emperador Francisco José se construirá en breve en Praga una Galería para pintura, escultura y arquitectura modernas.

DRESDE. — En la Exposición internacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Dresde ha obtenido una de las grandes placas de oro el pintor español Sr. Zuloaga, uno de los artistas que más privan actualmente en el mundo del arte de Alemania.

Teatros.—En Copenhague y en Cristianía se han estrenado con gran éxito dos nuevos dramas de Björnson titulados *Pablo Lange* y *Tora Parsberg y Laboremus*.

— En el teatro Manzoni de Milán y en el Alfieri de Turín se ha estrenado con gran éxito el nuevo drama de Rovetta *A rovescio*.

Barcelona. — En el teatro de Novedades se ha estrenado con gran éxito *Los Galeotes*, preciosa comedia en cuatro actos de los hermanos Quintero.

En el Palacio de Bellas Artes se ha celebrado un gran festival en honor de Verdi, en el cual tomaron parte los artistas Sras. Carrera, Dahlander, Grasset, Dachs, Bardi y Cassati, y los Sres. Palet, Iribarne, Puiggener, Escursell, Simonetti, Aragón, Riera, Masini y Oliveras, 300 coristas de ambos sexos, 140 profesores de orquesta, la banda municipal dirigida por el Sr. Sadurní, el organista señor Daniel, el «Orfeo Catalá» que dirige el Sr. Millet, la sección de señoritas de la Escuela Municipal de Música, bajo la dirección del maestro Nicolau, la sociedad coral «Catalunya Nova» que dirige el maestro Gay y varios músicos militares, formando un conjunto de más de 1.000 ejecutantes dirigidos por el eminente

maestro D. Juan Goula. Ejecutáronse el *Himno á los artistas* de Mendelssohn; *En el bosch*, coro de Moreau; *La mort del es-collá*, coro de Nicolau; *La patria nova*, coro con orquesta de Grieg; la famosa *Misa de Requiem*, de Verdi; una *Elegía á la memoria de Verdi*, que tocó en los órganos eléctricos su propio autor Sr. Daniel, y el gran concertante del segundo cuadro del



La esposa del general Botha, que actualmente se encuentra en Europa

segundo acto de *Aida*. Todas estas piezas fueron admirablemente interpretadas y produjeron magnífico efecto, habiendo sido aplaudidas con entusiasmo por el público numerosísimo que concurrió á la fiesta, llenando por completo el inmenso salón donde ésta se celebraba.

Necrología. — Han fallecido:

Ricardo Richter, rector del Gimnasio del rey Alberto de Leipzig, profesor y director del Seminario práctico pedagógico de la Universidad de Leipzig, uno de los más notables pedagogos de Alemania.

Augusto Mansfeld, notable retratista y pintor de género austriaco.

Enrique Augusto Rowland, profesor de la Universidad Johns-Hopkins de Baltimore, uno de los más célebres físicos contemporáneos norteamericanos.

Francisco Susemihl, notable filólogo y helenista alemán.

Eduardo Tenner, reputado pintor alemán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Karlsruhe.

Eugenio Manuel, sabio pedagogo francés y notable poeta y autor dramático.

Gustavo Adolfo Müller, reputado pintor retratista y de género, de origen alemán, pero establecido desde hacía muchos años en Roma, de cuya Academia de San Lucas era profesor.

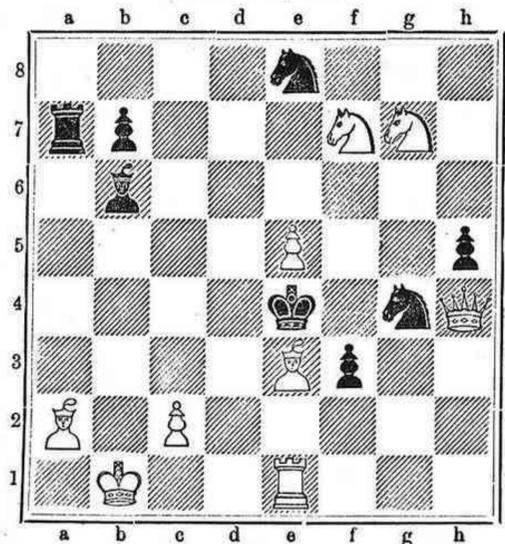
Conde Puymaigre, reputado escritor lorenés.

Juan Sandreuter, pintor suizo, algunos de cuyos cuadros figuran en el Museo de Basilea.

Jorge Vierling, profesor y miembro del senado de la Real Academia de Bellas Artes de Berlín, celebrado compositor y director de orquesta.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 244, POR M. FEIGL.
NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 243, POR E. FERBER.

- | | |
|----------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc2—a4 | 1. A toma P |
| 2. Rb4—a3 | 2. Cualquiera. |
| 3. Cd4—f3 ó f5 mate. | |

VARIANTES

- | | |
|---------------------|-----------------------|
| 1..... A toma D; | 2. R toma A, etc. |
| 1..... Ac6—d7 ó e8; | 2. D toma A, etc. |
| 1..... Ac6—d5; | 2. P toma A, etc. |
| 1..... Ac6—b5; | 2. R ó D toma A, etc. |

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Y durante ese tiempo, un ser viviente, aquella inocente y tierna Evelina, que se había dirigido á él en su agonía á nombre de la misma Antonieta, estaba en peligro y él lo olvidaba. Olvidaba en qué circunstancias le habían sido entregadas aquellas páginas reveladoras por el marido de aquella desgraciada niña, al día siguiente de un intento de suicidio y acaso en vísperas de otro, en un intervalo de lucidez que había que aprovechar. La desesperación de la joven, tan peligrosa en su estado, se había calmado por el paso que él había consentido en dar. Aquella desesperación iba sin duda á apoderarse otra vez de ella y podía ser fatal.

Malclerc, quebrantado por la escena de aquella noche, había depuesto por un momento su orgullo y cesado en su silencio para entregarse en manos del más antiguo amigo de su mujer. ¿Continuaría animado de esos sentimientos? La enfermedad de aquel matrimonio, como había dicho tan oportunamente Evelina, estaba atravesando una crisis de la que dependía todo el porvenir. El azar había querido que la responsabilidad pesase sobre Andiguier. ¿Era posible eludirla?

Cuando esta corriente de ideas pasó por su mente, el anciano se levantó y sus lágrimas se secaron. Una tensión de su voluntad le hizo erguirse en un ademán de energía, y como para manifestar con su actitud el cambio que se operaba en él, se puso á arreglar metódicamente las hojas arrancadas del diario de Malclerc. Una vez puestas en orden, las encerró en un mueble del Renacimiento, de nogal tallado, en el que guardaba los documentos relativos á su museo y cuya llave llevaba siempre pendiente de la cadena del reloj. En seguida se puso á pasear por la habitación como unas horas antes, cuando esperaba á Evelina.

La aguja del reloj en forma de custodia había recorrido la mitad de su esfera y ya el crepúsculo empezaba á ensombrecer los árboles del jardín, y Andiguier seguía en sus paseos. No había comido nada en todo el día, pues despidió al criado que fué á anunciarle el almuerzo, y no advirtió aquel ayuno, como no observó la fuga de las horas. Su inteligencia se encontraba en ese estado de eretismo que precede á ciertas decisiones de carácter trágico é irrevocable.

Sin que él lo sospechase, otra razón aún sobreexcitaba sus facultades, además de la del peligro inmediato de Evelina, en aquellos instantes de meditación angustiosa. El anciano planteaba instintivamente en sí mismo una rivalidad entre su corazón y el de Malclerc. Sin darse cuenta de ello, su deseo de favorecer á Evelina se exaltaba en aquel momento á causa de los celos. Esta terrible pasión, mezcla de carne y de sangre, que en la mayoría de los hombres está confinada en las profundidades más odiosas del alma, toma, sin embargo, en algunos corazones elegidos, una forma tan elevada como extraordinaria: la de una especie de pugilato de abnegación. Enfrente del amante correspondido que había alcanzado todas las satisfacciones, Andiguier representaba el amor caballeresco y desinteresado, el que el vulgo considera á veces inocente y que lo sería si no reservase á sus devotos los inefables gozos del sacrificio. ¿Qué puede hacer enfrente del otro ese amor sin voluptuosidades, sino probar que él ama más y aplastarle por la magnificencia de sus renunciaciones y por la prodigalidad de sus ternuras?

¡Lucha dolorosa y sublime que el romántico y misterioso La Bruyère, uno de los enamorados de esa raza, resumió en este suspiro: *Una venganza muy dulce del que ama mucho, es convertir con su proceder á una persona ingrata en muy ingrata!*... Defender á Evelina con tanta ó mayor fidelidad que si no hubiera sabido el secreto de Antonieta, era para Andiguier gritar á ésta á través de los años y más allá de la muerte: «Has amado á otro, pero soy yo el que te ha amado más. Era yo el que merecía la dicha que al otro diste. Soy yo el que reparará el daño causado por tu preferido; yo quien defenderá á tu hija contra él, que va á matarla...»

¡Defender á Evelina! ¿Pero cómo? Andiguier se planteó esta cuestión muchas veces durante aquellas horas sin poder resolverla. En vano ponía en juego para ello la lucidez de inteligencia que le daban su experiencia de sexagenario y su ardiente deseo de

favorecer á la hija de la muerta. Hay en la existencia situaciones sin salida, que no parecen tener otro remedio que el tiempo. Las peores miserias, las que parecen más incurables, acaban al fin ó, si no acaban, se gastan.

Pero antes de que esa fuerza del tiempo haya ejercido su irresistible poder, hay verdaderamente problemas insolubles, y el matrimonio de Evelina era uno. Al casarse con la hija de su amante, seducido por el espejismo de un parecido entre las dos mujeres, Malclerc se había aventurado, y aventurado con él á una inocente, en uno de esos atolladeros morales que no permiten á una pareja humana ni permanecer en ellos ni marcharse.

Aunque el caso no haya sido previsto por ningún código, y admitiendo que estuvo en su derecho estricto al hacer lo que hizo, no era menos cierto que Malclerc había faltado á una de esas leyes no escritas que la conciencia reconoce como absolutamente imperativas. Aquella sustitución sentimental y física de la amante con la esposa, de la madre con la hija, constituía una verdadera monstruosidad, tanto más manifiesta cuanto que los encantos de la viva no habían podido dominar al recuerdo de la muerta. El desgraciado — él mismo lo decía — no había logrado más que envenenar su presente con su pasado y su pasado con su presente. ¿Qué aconsejarle? ¿Que abandonase á su mujer en el momento en que iba á ser madre? Tal abandono sería un nuevo crimen. ¿Que siguiese viviendo con ella? No era posible de aquel modo... ¿Había aquel hombre tenido razón al recurrir al suicidio como único modo de acabar? No; matarse no era reparar nada. Un marido cuya mujer está embarazada tiene menos derecho á morir que á marcharse...

¿Sería posible aplicar á aquel doloroso sufrimiento, en lugar del método expectante, un procedimiento quirúrgico? Había uno que el mismo Malclerc había entrevisto varias veces sin atreverse jamás á emplearle: decírselo todo á Evelina. Andiguier había vivido mucho para no saber que la verdad lleva consigo asombrosas virtudes de curación. La prueba es que el peligro cierto es menos insoportable que el peligro sospechado y la certeza de una desgracia menos terrible que el esperarla. Puesto que Malclerc sabía esto también, ¿por qué había siempre retrocedido ante esa revelación? ¿Por qué? Porque había visto lo que Andiguier veía claramente, esto es, que no es permitido á un hombre, cualesquiera que sean las circunstancias, tocar á una madre en el corazón de su hija.

¿Cómo encontrar palabras para decir aquella cosa horrible? ¿Se podía tampoco dar á leer á Evelina aquella confesión cuyas páginas entrarían en su corazón como flechas envenenadas? Aunque no hubiese más que una probabilidad, una sola, de que aquella mujer ignorase siempre con quién se había casado al casarse con Malclerc, el deber de los que sabían la verdad no era dudoso. El golpe sería demasiado cruel...

¿Qué hacer, entonces? ¿Qué hacer? Solamente apelar á la conciencia de Malclerc, á aquella conciencia oscura, pero viva sin embargo, que palpaba á través de sus faltas, que gemía en las páginas de su diario. — *Hay algo en mí, decía, que se subleva. ¿Qué? Mi honor... Y en otro pasaje: Me siento responsable respecto de ella. Tengo remordimientos...* Esa, esa es la cuerda que siempre se tiene derecho de tocar en los hombres; esa es la que vibra con eficacia. El honor es como la valentía; los testigos le suscitan y le inspiran. ¿No era eso lo que pedía el mismo Malclerc, al entregar su confesión? «Lo que usted me mande hacer, lo haré...» había dicho, y toda la confusión de una vergüenza muy próxima al arrepentimiento palpaba en esta queja: «Déjeme usted estrecharle la mano. Acaso es la última vez...»

Una declaración suya probaba también hasta qué punto se podía poner á aquella sensibilidad enferma al tono de otra sensibilidad más sana: *El no ser solo á llevar este peso en mi corazón, me va á permitir ser bueno para Evelina...* Sí; cuanto más reflexionaba Andiguier, más comprendía que el único camino de salvación para aquel matrimonio era el arrepentimiento de Malclerc. Era preciso que aquel hombre viese que el ocultar su sufrimiento interior era la sola redención posible de su falta. Se había apoderado de

una existencia — y en qué condiciones! — para satisfacer su morboso apetito de sentir, y solamente recobraría la estimación de sí mismo y por consiguiente un poco de fuerza, empezando por dominarse y por impedir que la repercusión de sus emociones fuera á herir el corazón que ha sido su víctima.

El esfuerzo sería muy penoso, porque Evelina vigilaba y espiaba en su marido todos los indicios de aquella turbación oculta cuya intensidad había visto. Pero, por otra parte, iba á ser madre y el nacimiento de un hijo ejerce siempre en las mujeres una saludable desviación de las facultades amorosas. Si Malclerc tenía bastante fuerza de voluntad, durante las cuatro ó cinco semanas que faltaban para el alumbramiento, para representar el papel de un hombre que es de nuevo dueño de sí después de una crisis puramente física, acaso la maternidad realizaría una vez más su milagro de pacificación.

— He visto á su madre arrancada así á la desesperación, pensaba Andiguier. Sí, la maternidad lo salvará todo, á condición de que Evelina no sospeche nada, absolutamente nada... Esto depende de él... ¡Ah! ¡Yo le obligaré á ello!... Con tal de que no suceda nada esta noche... No me lo perdonaría... He debido hacerle venir hoy mismo y hablar con él. Pero era tan duro el verle tan pronto... ¡Qué duro será también mañana!...

Con este discurso y esta decisión terminó para el anciano aquel terrible día. La idea de aquella conversación, ahora que no era ya posible duda alguna, le conmovía tan profundamente, que no le dejó dormir en toda la noche. Por mucho que había querido, en su ferviente exaltación, elevarse hasta la actitud casi heroica del amigo que perdona al amante, del devoto de amor que encuentra, al inmolar sus más justos rencores, la embriaguez del martirio, era hombre al fin, y la idea de tener allí, delante de sus ojos, al hombre á quien Antonieta se había entregado, de oírle respirar y moverse, de sentirle real en su animalidad, le hacía tanto daño, que tuvo varias veces la tentación de evitar ó de aplazar al menos aquella entrevista.

Pensó que en vez de provocar una conversación con Malclerc, podía escribirle larga y detalladamente. ¿Pero tiene una carta la eficacia de la presencia y de la palabra? Para sugestionar á alguien — y se trataba de una sugestión — son necesarios la palabra, la voz y el influjo físico y directo de la voluntad... Y además, una carta puede extraviarse y acaso Evelina la interceptara... No; la entrevista era inevitable y debía efectuarse en seguida.

Al observar cuán débil era ante un acto cuya urgente necesidad le demostraba la razón, Andiguier se indignaba consigo mismo. ¿Con qué derecho condenaba las cobardías de Malclerc y sus complacencias con la propia emoción, cuando él mismo las sentía iguales? ¿Dudaría, cuando sólo se trataba de dominar un sufrimiento de imaginación y el pequeño sacudimiento nervioso de una visión enteramente retrospectiva? La felicidad y acaso la vida de la hija de Antonieta estaban en juego. ¿No encontraría la energía necesaria para aquel esfuerzo en su ternura por la memoria de la muerta y en su compasión hacia una niña injustamente atormentada? ¿Cómo iba á devolver el vigor al alma inquieta del marido de Evelina, si su propia alma vacilaba también? No se transmite el valor cuando se tiene miedo, ni la robustez cuando se es débil, ni la voluntad cuando se vacila.

— No, se dijo, no quiero parecerme á él...

Aquella comparación con Malclerc acabó de decidir á ese hombre tan joven de corazón á pesar de los años y tan vibrante de pasión bajo su pelo blanco, gracias á la pureza de su vida y á la fidelidad de su pensamiento. Cuando se despertó de un corto sueño que le había dominado al rayar el alba, lo primero que hizo fué enviar á Malclerc una esquila rogándole que fuese á verle lo más pronto posible. Tuvo cuidado de redactar aquella carta en términos corrientes y vulgares que no pudiesen alarmar á Evelina si la leía y tomó también la precaución de recomendar al criado que entregase la esquila en propia mano al Sr. de Malclerc y que esperase respuesta. No se atrevió á añadir ninguna otra instrucción, de modo que experimentó un verdadero alivio cuando su mensajero le dijo al volver que había dado la carta á Malclerc en persona.

- ¿Estaba solo?, preguntó.
- Sí, señor, respondió el criado.
- ¿Y qué te ha respondido?
- Que vendría en seguida.

De este modo, la primera conversación entre los dos hombres se iba a efectuar sin que Evelina lo sospechase. Este punto le parecía a Andiguier tan importante, que fué objeto de su primera pregunta a Malclerc cuando éste llegó a la cita.

Los dos hombres habían permanecido el uno enfrente del otro, sin hablar, durante unos momentos. Su embarazo no cesó hasta que el anciano ofreció la mano a su visitante, con un ademán que debió ser anotado, allá arriba, en el martirologio del amor. Aquel simple contacto de carne renovó en Andiguier todas las torturas con que los celos físicos le habían martirizado después de la revelación; pero los otros celos, los del corazón, le ordenaban que no dejase sospechar las sensaciones que el amante de Antonietta le infligía con su presencia.

En cualquier otro momento, Malclerc hubiera, sin duda, observado la alteración de la fisonomía de su confidente. El golpe recibido la víspera estaba impreso en sus arrugas más acentuadas, en la palidez de su piel, en el desmayo de sus mejillas y en los ojos, cuyo brillo estaba nublado por las lágrimas. Andiguier había envejecido muchos años en unas cuantas horas. Si su interlocutor le hubiera conocido más, le hubiera extrañado el ver que el anticuario escogía para recibirle una pieza situada detrás de su alcoba y visiblemente abandonada, en lugar de hacerle entrar en la galería en la que tanto le gustaba estar rodeado de sus objetos de arte. No había podido soportar la idea de que Malclerc mirase el cuadro del Angélico, puesto otra vez en su sitio, ni que recordase a Antonietta ante la santa del corazón en llamas. Tenía necesidad de toda su sangre fría para aquella espinosa conversación y en realidad su voz no indicaba ninguna de sus profundas emociones cuando aquel heroico devoto de una memoria adorada preguntó:

- ¿Cómo ha dejado usted a Evelina? Supongo que no sabe que le he escrito...

- No sabe nada, respondió Malclerc. No la he visto hoy, pero el día de ayer fué tranquilo. Volvió de su casa de usted más consolada, aunque con una mirada que indica que no ha dejado de dudar. Yo también he estado más tranquilo. No puede usted saber la fuerza que me ha dado sin más que aceptar mi confidencia... Le repito lo que ya le he dicho: me ahogaba... Y después, le conozco a usted bien, señor Andiguier. Cuando en otro tiempo hablábamos de usted, *ella* me decía siempre: «Es el corazón más noble que he encontrado...» Sabía, pues, que usted me comprendería y tendría compasión de mí. ¡Lo necesito tanto!... Cuando hace un momento me ha dado usted la mano, he sentido que *ella* estaba entre nosotros, *ella*, de la que usted ha sido el mejor amigo y yo... ¿Pero qué tiene usted, Sr. Andiguier?..

El anciano había palidecido espantosamente mientras su interlocutor pronunciaba estas últimas palabras. ¡Aquella alusión a Antonietta acompañada de una mirada cargada de recuerdos! ¡Aquellas sílabas de amor, aquel «ella» murmurado con voz conmovida! ¡Aquella alusión, de atroz ironía para él, a la estimación en que le había tenido una mujer apasionadamente enamorada de otro! No, la prueba había sido demasiado fuerte. ¡La llaga íntima tocada así y por aquellas manos! Pero el anciano había ya dominado su debilidad y continuó diciendo:

- No tengo nada. Un poco de fatiga á causa de la sacudida de ayer; nada más. Fué muy ruda, se lo aseguro á usted, cuando Evelina me habló como lo hizo; pero ya estoy mejor. Por otra parte - y su cara se puso firme y su voz clara para decir esta frase, - no se trata de mí, sino de ustedes, de Evelina sobre todo. Me ha pedido usted que le sirva de apoyo á causa de esa pobre niña. Esas son las palabras de que usted se ha servido. No conozco más que una manera de que un hombre ayude á otro y es empezar por hablarle con absoluta franqueza...

- Estoy pronto á oírlo todo, respondió Malclerc; no me juzgará usted más severamente que yo mismo...

- Le juzgaré á usted, acaso, de otro modo, dijo Andiguier. Seré brutal. Usted ha querido ver en su situación un fondo que no tiene. Su diario prueba que se ha entretenido usted en despertar remordimientos por un crimen imaginario y refinado que no ha cometido. Ha escrito usted estas palabras: *una sensación de incesto*, y no lo niegue usted, se ha complacido casi, no en esa sensación, sino en ese remordimiento. La verdad es más humilde y hay que mirarla de frente. No ha cometido usted ese crimen. Si hubiera incesto, no tendría usted más que matarse; pero no le hay. Lo que ha habido es otro crimen más reparable y que tiene un nombre: abuso de confianza...

Y al ver que el joven hacía un ademán, continuó: - He prevenido á usted que sería brutal... ¿Puedo continuar?

Malclerc bajó la cabeza y el anciano siguió diciendo:

- El sacerdote á quien visitó usted antes de casarse, le dijo que el matrimonio es un sacramento y tuvo razón. Pero yo, que soy un modesto funcionario, me atendré á la definición civil. El matrimonio es un contrato. Ahora bien, si en un contrato una de las partes oculta á la otra un secreto de tal naturaleza que si se conociera impediría el acuerdo, comete un dolo. Este es el verdadero carácter de su falta de usted respecto de Evelina. Si esa niña ó alguien que se interesase por ella, su tía, por ejemplo, hubieran conocido su pasado de usted, el matrimonio no se hubiera realizado. Usted lo sabía, se calló y cometió un dolo. Ahí está su falta y no en otra cosa. ¿Lo admite usted?

- Lo admito, respondió Malclerc.

Su fisonomía se había nublado cuando Andiguier pronunció aquellos términos despreciativos de *abuso de confianza*, *de dolo*, y un relámpago había pasado por sus ojos. Evidentemente, no había esperado que el anciano le hablaría con aquella voz dura y con frases inexorables en las que distinguía, no sin asombro, una animosidad vecina del odio. Pero como él había provocado la conversación por sus declaraciones y por la entrega de su diario, se contuvo.

- Desde el momento en que usted lo reconoce, continuó Andiguier, la naturaleza del error le marca su deber. El aceptar las consecuencias de sus faltas es toda la expiación de que un hombre es capaz y no se puede exigir más de él. Esto es lo que el lenguaje vulgar llama tan exactamente aceptar la responsabilidad de sus actos. Al casarse tenía usted un secreto que debió revelar previamente. No habiéndolo hecho así, tiene usted el compromiso de que ese secreto muera en su corazón sin salir jamás de él, aunque debiera producirle á usted la muerte. Todas las palabras, todos los gestos, todas las expresiones de fisonomía que han podido dar á su mujer de usted, en estos últimos tiempos, la idea de que le ocultaba algo, han sido otras tantas malas acciones añadidas á la primera. Aún es tiempo de reparar el mal. Que Evelina le vea á usted desde hoy vivir sencilla y naturalmente y atribuirá los accesos de tristeza que tanto le han turbado á los desórdenes nerviosos que usted le ha dicho. Sufrá usted por dentro, pero que ella no lo vea. Su deber es ese. Convengo en que la prueba es dura, pero usted la ha querido y debe sufrirla virilmente. Así recobrará usted su propia estimación y con ella la única probabilidad que queda de salvar su matrimonio. Yo estaré á su lado para ayudarle, puesto que el silencio se le hacía demasiado penoso. Pero ¡cuidado!, no es dentro de ocho días, no es mañana cuando hay que empezar el nuevo sistema; es hoy mismo, en seguida... ¿Tiene usted la necesaria energía?..

- Sí, dijo Malclerc con firmeza.

El acento viril de las palabras de Andiguier en esta segunda parte de su discurso correspondía por completo á las necesidades de aquella alma desorientada y cansada por tan larga soledad. Pero Malclerc había sufrido demasiado para no necesitar más cariño en el consejo, más indulgencia en el apoyo, y después de haber dicho: «Sí, tengo la energía necesaria y doy á usted mi palabra de no volver á caer en mis debilidades,» continuó:

- Las ha juzgado usted muy severamente hace un momento, pero usted es un hombre prudente, señor Andiguier. Usted no sabe lo que es amar como yo he amado y haber sido amado como yo lo he sido por aquella mujer... Usted ignora la nostalgia que queda en el corazón; usted no sabe cuán impotente se siente uno contra el reflujó de tal pasado, cómo el recuerdo disuelve la voluntad y cuán digno de lástima se puede ser, aun siendo culpable...

- ¡Usted cree haber amado!.., respondió Andiguier con un profundo acento de amargura.

Sus facciones se habían alterado de nuevo, y al pronunciar aquellas palabras de duda casi injuriosa para su interlocutor, su voz cambió de un modo, que Malclerc le miró sorprendido. Por primera vez tuvo una intuición de la verdad al ver brillar con tal fuego los ojos del anciano y al observar que éste desahogaba á pesar suyo su corazón diciendo:

- A usted le ha gustado amar, como ha dicho en su diario; le ha gustado sentir y ha querido sufrir. Pero usted no ha amado, puesto que ni un día, ni una hora ha renunciado á sí mismo. Lo que ha echado de menos, en esa nostalgia de que habla, no ha sido el amor. No se echa de menos el amor por la sencilla razón de que el amor no se va nunca ni desaparece más que con nosotros. Lo que ha echado usted de menos han sido las emociones. Esas dos

mujeres no han sido para usted más que un pretexto para quemarse el corazón. El foco no estaba en usted, sino en ellas. A mi edad, amigo, se ve claro en las almas. Hoy todavía no sabe usted, no sospecha siquiera lo que es amar... Amar no es recibir, sino dar. No es buscar la emoción, sino crearla. Es adherirse á un ser para siempre. Ese ser vive, se le ama. Muere, se le ama. No nos deja nunca, como Dios no deja á sus fieles. Si ese ser nos ama, nos sentimos en el paraíso. Si no nos ama y hasta si ama á otro, vivimos en el paraíso también, porque ese paraíso le llevamos en nosotros mismos y es el amor. Así le ama á usted Evelina y así le amó la *otra*; pero usted no ha sentido tal amor ni por esa *otra*; pues no se hubiera usted casado con su hija, ni por esta hija, pues no la hubiera usted torturado ni lo estaría usted mismo por la pena de haber perdido á la otra... ¡No! No diga usted que ha amado; no tiene usted ese derecho... Y sobre todo, no me lo diga usted á mí...

A medida que Andiguier hablaba, transfigurado por una creciente exaltación, la luz acababa de hacerse en la mente de aquel á quien se dirigían tales apóstrofes, demasiado apasionados para no ser personales. Veinte imágenes surgieron entonces en Malclerc, cuyo sentido se aclaró para él con esa prontitud de las revelaciones súbitas. La reserva enternecida con que Antonietta le hablaba de la adhesión de Andiguier, el tono particular de respeto que tenía siempre al nombrarle, su deseo y su temor de que los dos se conociesen, eran otros tantos indicios en los que apenas había fijado la atención, pero cuya significación comprendía ahora: Andiguier había amado á Antonietta y ésta lo había sabido.

Que ese amor duraba todavía, lo decían á voces la alteración de su semblante desde el día anterior y aquella vibrante reivindicación de la superioridad de su sentimiento. ¿De quién hablaba sino de sí mismo? ¿De qué amor, sino del suyo? Ese ser amado hasta en la muerte y hasta en sus extravíos, ¿quién era sino Antonietta? Por muy preocupado que estuviera por el drama de su propia vida, Malclerc se quedó asombrado ante aquella complicación repentina. ¡Qué horrible desgarrón habían debido infligir sus confidencias á aquel corazón tan fiel! ¡Y qué generosidad la suya al recibirle después como lo había hecho!..

Todas esas impresiones se resolvieron en él por un movimiento de compasión y de remordimiento que le hizo acercarse al viejo, cuando éste acabó de hablar, y tenderle la mano diciendo:

- Sr. Andiguier, perdóneme usted.

- ¡Perdonarle!, exclamó el anciano sin responder al ademán que hizo Malclerc. ¿Qué tengo que perdonar á usted?, continuó en un tono altanero y casi duro.

- El haberle dado mi diario, balbució Malclerc. ¡Ah! Si yo hubiera sabido...

- Sabía usted el afecto que yo sentía por Antonietta, respondió Andiguier, y ha hecho bien en confesármelo todo.

Su noble faz volvió á tomar su expresión reflexiva y fría. El anciano no quería admitir aquella simpatía de su rival, y al fijarse en él, sus ojos tuvieron la mirada de orgullo de un hombre que no consiente que le digan que sufre. Aquella mirada parecía decir á Malclerc: «Aquí tienes el ejemplo.» Pero aquel relámpago de arrogancia se extinguió pronto para ser reemplazado por una expresión de inquietud y de espanto cuando el criado que había llevado la carta aquella mañana á la calle de Lisboa interrumpió la conferencia de los dos hombres para decir con un embarazo que probaba el presentimiento de un misterio en las idas y venidas de sus amos:

- La señora de Malclerc pide hablar con el señor. ¿Qué debo responder?

- Que suba, dijo Andiguier. ¿Ve usted como está inquieta?, añadió dirigiéndose al joven en cuanto se quedaron solos. ¡Acuérdese usted de la promesa que me ha hecho!..

- Me acordaré y la cumpliré, dijo Malclerc.

Y añadió:

- Quiero que me devuelva usted su aprecio y haré todo lo necesario para merecerlo...

Cuando Evelina entró en la habitación de los dos cómplices de aquella trágica mentira, Malclerc parecía el más tranquilo y sus facciones habían tomado esa expresión natural tan difícil de adoptar de improviso. Por el contrario, en la bondad afectada con que Andiguier recibió á la joven había una especie de violencia que no podía escapar á aquella inquisición apasionada. Para adelantarse á sus preguntas y desarmarla, el viejo preguntó:

- ¿Tú por aquí á esta hora?.. ¿Qué sucede aún en esa mala cabeza?.. ¿Estabas inquieta por él?.. ¡Pues bien! Ya le ves... Aquí le tienes...

- Ya me figuraba que estaría aquí, respondió Evelina, pero he querido asegurarme de ello.

- ¡Cómo dices eso!, exclamó Andiguier. ¿Por qué?

- Por nada, respondió Evelina ruborizándose.

Como todas las personas delicadas á quienes una sospecha impulsa á dar un paso de espionaje, Evelina fluctuaba entre su deseo febril de saber el secreto que presentía y una especie de vergüenza por haber ido á sorprender á su marido. Esta era la ocasión para Malclerc de entrar á su vez en escena y de conquistar el aprecio de su juez cumpliendo la palabra empeñada. Así, pues, dijo dirigiéndose á Andiguier en tono de desanimación:

- ¿No se lo decía á usted hace un momento? Esto es lo que me quita la tranquilidad. No sé cómo luchar con las aprensiones que ella se crea y que nunca abandona. Pero estoy decidido á seguir el consejo de usted y á no dejar que se establezca el silencio entre nosotros.

Y volviéndose hacia su mujer dijo:

- Somos tus dos mejores amigos, Evelina. Aquí nos tienes á los dos. Si hay de nuevo alguna cosa que choque á tu corazón, pregúntanos y te responderemos...

- No, contestó la joven, no tengo nada, no tengo nada... Pero es verdad, he estado loca... Sin embargo, continuó cediendo á esa necesidad de investigación que le había hecho ir á buscar á su marido, ¿por qué he encontrado siempre un enigma delante de mí? ¿Por qué he visto continuamente la prueba de que se me oculta algo?..

- ¿Pero cuál es ese enigma, cuál esa prueba?.., preguntó Malclerc.

- Antes de ayer, dijo Evelina con voz vacilante y tímida, había encima de la mesa - lo vi - un sobre dirigido al Sr. Andiguier...

- ¿Y te alarmas de ese modo por semejantes cosas?, interrumpió el marido. En aquel sobre había tres folletos que el Sr. Andiguier me había prestado y que yo le devolvía... ¿Dónde los ha puesto usted, Sr. Andiguier? ¡Enséñelos!..

- No, dijo vivamente Evelina; no quiero verlos. ¿Para qué?, continuó como hablando consigo misma.

Pero se contradujo en seguida al preguntar:

- Entonces, ¿para qué han querido ustedes hablarse tan temprano?

- ¿Por qué?, dijo Malclerc. Lee esta esquela, añadió sacando la de Andiguier. Nuestro amigo estaba inquieto por nosotros y deseaba hablarme de nuestro matrimonio, dame consejos... ¡Lee..., lee!..

- No, respondió otra vez la joven rechazando con la mano el papel.

En su cara se pintó una lucha entre emociones contrarias, y de pronto dijo, interpelando al anciano con singular solemnidad:

- Si es así, júreme usted por el recuerdo de mi madre que no me ocultan nada, y lo creeré...

- ¡Hija mía!, respondió Andiguier, cuyo corazón temblaba en su voz. No está bien hacer intervenir así á los muertos en nuestras pequeñas agitaciones, ni dramatizar con evocaciones y juramentos estas dificultades de un orden tan sencillo. No tengo nada que jurarte y nada te juraré. Te diré solamente con toda la amistad que tengo por ti y que he tenido por tu madre, que vuelvas al buen sentido y á la realidad. Tu marido te da el ejemplo de lo que es justo y prudente. Ha sufrido unos trastornos nerviosos y va á tratar de cuidarse, de dominarse y de lograr la curación completa. No le hagas imposible ese esfuerzo y piensa tú misma en el suceso que se prepara. No hay entre vosotros más que ideas y quimeras; no dejes que se apoderen otra vez de ti... Estás pálida. Te has puesto mala por salir tan de mañana, por venir hasta aquí y por atormentarte, y esto es inútil y culpable. ¡Vamos, Esteban! - por primera vez le daba su nombre, por buscar una apariencia de amistad, también muy magnánima, - vaya usted á acompañar á su mujer y á calmarla. Iré á saber de vosotros esta tarde, y entretanto, míranos y verás que no miento cuando te digo que ni él ni yo queremos más que tu dicha...

- He debido jurar..., pensaba aquel hombre honrado, un cuarto de hora después, cuando se encontró solo en su galería. He debido jurar... ¿Qué supone un juramento falso cuando se trata de salvar á una mujer de una revelación semejante sobre su marido y sobre su madre?.. ¡Bah! Me hubiera creído ahora, y mañana hubiera vuelto á dudar y á hacer pesquisas. ¡Está tan sobre aviso! Lo que hace falta es ganar tiempo y llegar al nacimiento del niño... Si ese desgraciado - pensaba en Malclerc - tiene fuerza para portarse como hoy durante estas cinco semanas, todo se podrá arreglar... ¡Ah!, continuó; ¡hubiera debido jurar de todos modos! No he podido hacerlo por su recuerdo.

VII

LO INEVITABLE

Andiguier tenía razón. Evelina estaba muy sobre aviso; pero lo que el anciano no sospechaba era que entre todos los indicios que habían contribuido á producir la alarma de la joven, el más decisivo era la actitud del antiguo amigo de su madre respecto de su marido. Mientras éste la acompañaba desde la calle de la Chaise á la de Lisboa y desempeñaba con una perfección que hubiera engañado á cualquiera, menos á ella, el papel que le había impuesto Andiguier, la joven empezaba ya el trabajo de inteligencia que debía encaminarle muy de prisa hacia la verdad. ¿Cómo podía detenerse, una vez en este camino?

- Ello es que no ha hecho el juramento que yo le pedía, pensaba Evelina, recordando la emoción que había manifestado el anciano en los primeros momentos de la conversación y ante su exigencia final. No ha podido hacerlo, para no mentir hasta ese punto. Porque él también miente... Los dos se entienden desde ayer para engañarme... ¿Cómo? ¿Por qué?..

Aquel acuerdo entre los dos hombres era un incidente tan nuevo y tan singular, que chocó en alto grado á la joven. No era Evelina mujer de imaginación muy viva. Si tenía de su madre aquella sensibilidad un poco susceptible y aquella repugnancia á dejar ver sus emociones más profundas, había en cambio heredado de la línea paterna un realismo de pensamiento y de juicio muy diferente del modo de pensar, á veces quimérico, de Antonieta. Evelina lo tomaba todo muy en serio, y de ahí venía aquella rectitud un poco rígida que tanto había obrado por contraste sobre la naturaleza tortuosa y compleja de su marido.

Se engaña fácilmente la primera vez á las personas de ese carácter; pero una vez despierta su desconfianza, ya no se duermen más, por lo mismo que son tardas para la sospecha. Tienen esos caracteres demasiada necesidad de ser verídicos consigo mismos para que no arraiguen profundamente en ellos los indicios que una vez han recogido. Por eso Evelina, en los días que siguieron á aquellos dos, tan fértiles en acontecimientos, ya no preguntó ni se lamentó, pero toda la energía de su reflexión se concentró en aquel dato inesperado del enigma que pesaba sobre ella.

El problema se planteaba de este modo: después de la tentativa de suicidio de su marido, Evelina, loca de espanto, fué á suplicar á Andiguier que fuese á hablar con Malclerc. El anciano se fué prometiendo arrancarle su secreto ó tratar al menos de arrancárselo, y volvió sabiéndolo todo - en este punto no cabía duda, - sí, sabiéndolo todo y decidido á callarse. ¿De qué naturaleza era, pues, esa confianza? La antipatía latente y recíproca que entre ellos existía se había convertido de repente en complicidad. ¿Qué palabras se habían pronunciado entre ellos?

Cuando les sorprendió en aquella conferencia preparada ocultamente, la voluntad del silencio estaba escrita en sus caras, en sus miradas y en sus actitudes. ¿Qué imperiosa necesidad común les había hecho concertarse con tan milagrosa prontitud? Aquella repentina dominación del joven sobre el viejo era un nuevo misterio añadido al primero, pero era también uno de esos hechos que circunscriben de pronto el campo de las explicaciones posibles y que iba á hacer que Evelina dedujese consecuencias muy próximas de la cruel verdad.

En el curso de los ocho días que pasaron entre aquellas escenas y el inevitable y decisivo acontecimiento que debía revelárselo todo á Evelina, nada indicó en ésta la tensión extraordinaria del pensamiento sobre el problema, ya reducido de un modo muy claro. Hizo su vida ordinaria; cumplió los deberes sociales que un embarazo de ocho meses permite todavía á una mujer; siguió con su puntualidad acostumbrada las prescripciones del médico, anduvo mucho, y activó los últimos preparativos para el nacimiento del niño, al que quería criar ella misma.

Cualquiera que la hubiese visto sentada á la mesa enfrente de su marido ó paseando por una calle apartada del Bosque, con él ó con una de sus primas, no hubiera podido imaginar que había pasado tan duras y trágicas pruebas. Sólo Andiguier comprendía que la tragedia continuaba, silenciosa y mental, bajo aquella frente tan joven y tan impenetrable, en la que la red azulada de las venas parecía contener una sangre tan tranquila y que estaba devorada por el pensamiento.

Había visto demasiado á la madre encerrarse en aquella atmósfera de vaga dulzura, para no asustarse

al ver el mismo fenómeno en la hija. Pero se guardaba muy bien de comunicar sus temores á Malclerc, al que veía cumplir su promesa y oponer á las investigaciones de su mujer una cara á la vez afectuosa é indescifrable, sin huella alguna de las antiguas melancolías. El viejo comprendía bien que aquello no era más que una calma entre dos tempestades.

Sin embargo, el día del parto de Evelina se aproximaba y para él toda la esperanza estaba cifrada en la venida de aquel niño. Mucho necesitaba aquella esperanza para soportar la tristeza que le había invadido y cuyos estragos alarmaban á Evelina y á Malclerc, á pesar de sus propias preocupaciones. Solamente el joven sabía por qué Andiguier subía la escalera del hotel con paso cada vez más lento y con una respiración más anhelosa, y qué dolorosa idea ahondaba sus arrugas cada día más. Sólo Malclerc sabía por qué el anciano se sentaba siempre de modo que no viera cierta miniatura que estaba sobre una consola en un marco de oro cincelado, y que era uno de sus regalos de boda. Aunque los dos hombres no hubieran cambiado ni una palabra sobre el pasado, Esteban sabía por qué Andiguier se estremecía siempre que le daba la mano y por qué relucía la angustia en sus ojos, cada día más febriles de insomnio.

Esta era la diferencia que separaba su observación de la de Evelina, la cual veía aquella alteración en la fisonomía de Andiguier y se preguntaba si no habría algo más que una coincidencia entre las escenas de la semana precedente y los cambios repentinos de la salud del anciano, tan fuerte hasta entonces.

- ¿Está usted malo?, le preguntó dos días después de la explicación que hubo en su casa.

- ¿Qué, me encuentras mala cara?, respondió Andiguier. Son mis neuralgias, que no me dejan dormir...

La precipitación con que él también, igual que Malclerc, atribuyó su malestar á una causa material, impidió á Evelina hacer más preguntas. «¿Para qué, pensó, interrogarle otra vez? No dirá nada, como el otro...»

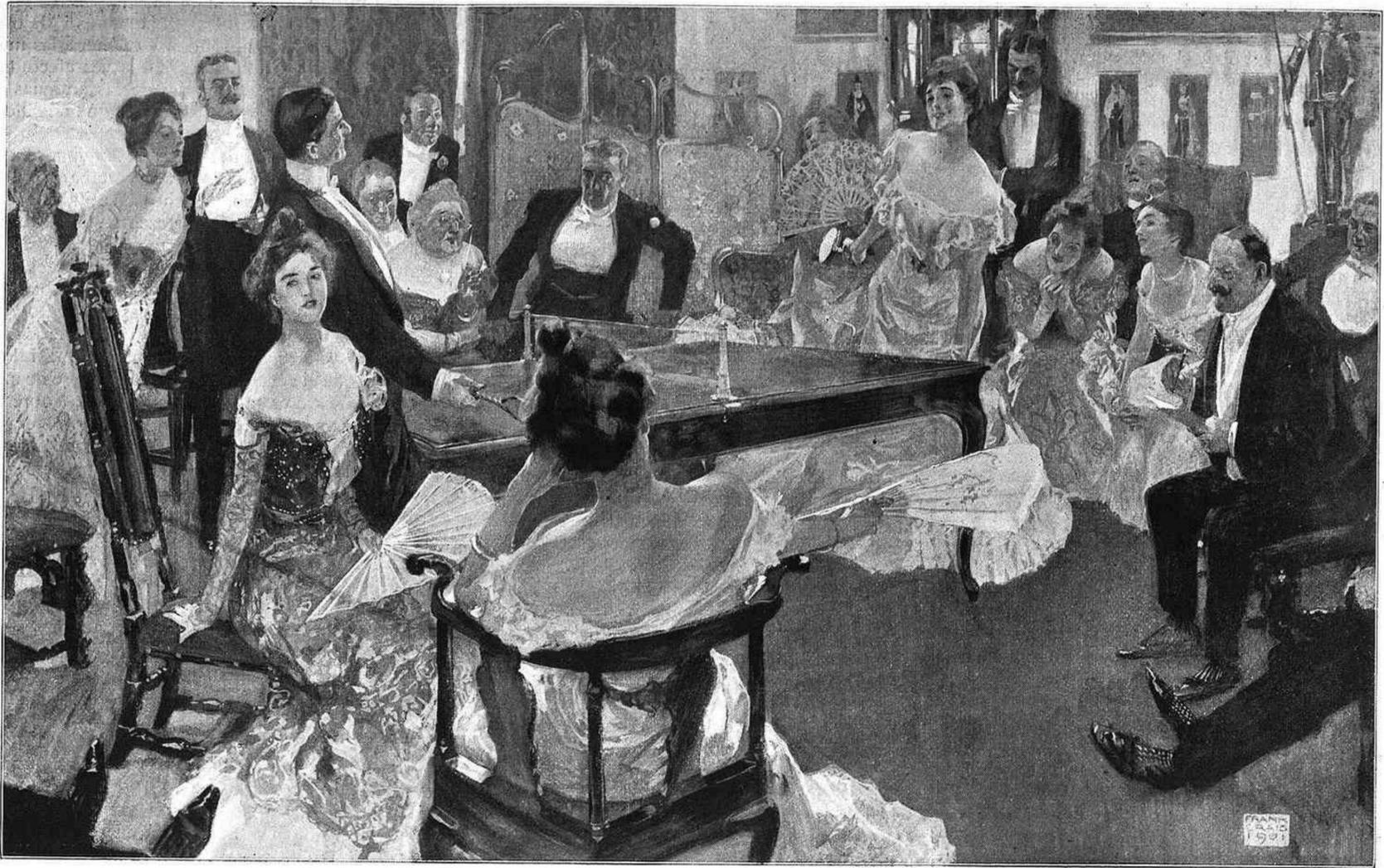
No, la demacración de Andiguier no obedecía solamente á causas físicas. En otras ocasiones le había visto enfermo y había observado su estoicismo en el sufrimiento. Era una pena la que le minaba, como había minado á Malclerc. *Era la misma pena*. Este se dominaba desde la terrible noche en que quiso matarse, pero Evelina no tenía confianza en aquella actitud destinada á engañarla. El otro se dominaba también, pero el dominarse le mataba.

¿Por qué? ¿Cuál era aquel secreto que no sólo había establecido un acuerdo entre los dos hombres, sino que había herido á Andiguier como una desgracia personal? Porque la joven vió desde el primer momento que su antiguo amigo no sufría por ella, sino por sí mismo. Para convencerse no tenía más que recordar la primera parte de su conversación cuando fué á su casa á solicitar su auxilio. ¡Con qué efusión habló entonces con ella! ¡Qué visible era en aquellos momentos que no reservaba nada y que el impulso de su piedad era espontáneo! ¡Con qué claridad había visto entonces Evelina una simpatía totalmente absorbida por ella! ¿Por qué misterio Andiguier era desgraciado fuera de su cariño á Evelina y por lo que Malclerc debió revelarle por su propia cuenta? Esta era la pregunta que la joven se hacía continuamente en el curso de su vida cotidiana, que había vuelto á empezar, como vuelve á empezar siempre, y una idea empezaba á surgir en su mente, pero tan vaga y tan oscura, que no sabía formularla.

Hay en nuestro pensamiento unas penumbras, toda una región de limbos indeterminados, una especie de borde de conciencia, en el que se dibujan vagamente, sin saberlo nosotros, inducciones que no podemos decir en qué momento han comenzado, é intuiciones que desconciertan nuestra voluntad. No, no hemos querido concebir tal cosa, pero la hemos concebido. No hemos querido suponer esta otra, pero la hemos supuesto. Una lógica indomable é invencible ha funcionado en nosotros, casi á pesar nuestro, y sin que sospechésemos siquiera el trabajo que se había realizado, hasta que su resultado ha sido ya indestructible.

¿Qué idea?.. Evelina, que conocía de siempre á Andiguier, lo sabía bien, y por esto se había unido á él desde pequeña con un afecto instintivo; la vida sentimental del anciano se había concentrado hacía mucho tiempo en ella y en el recuerdo de su madre. Nunca le había visto conmovido, fuera de sus cuadros y de sus mármoles, más que por incidentes que se referían á ella ó á su madre. Evelina no encontraba extraño nada de esto. En primer lugar las cosas habían sido siempre así, y después, al pensar en ellas, le habían parecido muy naturales.

(Concluirá)



EL «PING-PONG,» NUEVO JUEGO DE MODA EN INGLATERRA, dibujo de Frank Craig

En los salones de la alta sociedad inglesa está de moda actualmente un nuevo juego denominado *bing-pong*, tan de moda que es preciso remontarse á los mejores tiempos del croquet para encontrar un entusiasmo igual.

El ping-pong, que no es otra cosa que un lawn-tennis de salón, ha sido inventado, según parece, por un ingeniero, Mr. James Gibb, y como muchos de los inventos que luego han revolucionado el mundo ha tenido orígenes modestísimos. Mr. Gibb y sus amigos lo jugaban, al principio, con tapones de botellas de champaña, que hacían las veces de pelotas, y con tapas de cajas de cigarros que servían de raquetas. Después se ha ido perfeccionando y se han fabricado ex profeso pelotas de celuloide y raquetas elegantes. Se juega después de comer y en la misma mesa, después de levantados los manteles, sobre la cual se dispone, á modo de red divisoria, un trozo de gasa sostenido por dos soportes especiales.

Los aficionados al tennis ejecutan admirables proezas lanzándose unos á otros la pelota.

El nombre parece derivarse del título de una canción que hace veinte años tuvo gran éxito en los music-halls de Londres.

Se juega en los más aristocráticos salones con verdadero entusiasmo, puesto que no requiere, como el verdadero lawn-tennis, ni traje de franela, ni zapatos con suelas de caucho, sino que, por el contrario, se acomoda perfectamente al traje de etiqueta según se demuestra por el dibujo de Frank Craig que reproducimos.

EL EMPLEO DEL OXÍGENO EN LAS ASCENSIONES Á GRANDES ALTURAS

Los trabajos realizados por los fisiólogos, y en especial por P. Bert, han dado á conocer la acción del oxígeno sobre los organismos sometidos á presiones inferiores á la presión ordinaria, y gracias á ello se ha podido comprobar que los peligros inherentes á la disminución de la presión atmosférica podían evitarse eficazmente respirando oxígeno puro ó mejor aire enriquecido con oxígeno de manera que se mantenga casi constante la cantidad de este gas absorbida en cada inspiración.

Estos datos nuevos fueron aplicados inmediatamente por los aeronautas, y cuando la ascensión del *Zenith* en 1875, P. Bert entregó á los aeronautas unos sacos llenos de oxígeno. ¿Fue la insuficiencia de la provisión de gas que los expedicionarios se llevaron, fueron los defectos en el procedimiento para respirarlo los que produjeron la espantosa catástrofe que todavía se recuerda con horror en Francia? Seguramente no podrá saberse nunca.

Desde entonces el modo de emplear el oxígeno á bordo de los globos ha sido muy poco perfeccionado. Los aeronautas siguen llevándose el gas en sacos de caucho ó en cilindros de acero bajo fuerte presión, y cuando han llegado á una altura de algunos millares de metros y sienten los primeros síntomas de la asfixia, abren el depósito del oxígeno y por medio de un tubo flexible provisto de una boquilla que se aplican á los labios aspiran el gas protector. Este sistema de absorción es sumamente defectuoso; desde que nacemos estamos acostumbrados á aspirar el aire por la nariz, y para cambiar esta inveterada costumbre se necesitan una voluntad firme y una atención constante que es muy difícil imponer á los aeronautas en el estado de depresión moral y física que se experimenta en aquellas elevadas regiones. El oxígeno respirado por medio de aquella boquilla no llega más que á la cavidad bucal sin penetrar en los pulmones.

He creído prestar un servicio á la ciencia de la

aerostación buscando los mejores procedimientos para el transporte y la conservación del oxígeno á bordo de los globos y estudiando las condiciones en que habrá de ser respirado.

La cantidad de oxígeno puesta hasta ahora á la disposición de los aeronautas ha sido siempre muy

pequeña, y me ha parecido que el oxígeno que he conseguido licuar y que puede ser obtenido en esta forma industrialmente, permitiría llevarse en un pequeño volumen una cantidad de oxígeno superior á las necesidades de los aeronautas.

En efecto, un litro de oxígeno líquido pesa un kilogramo aproximadamente y al volver al estado gaseoso da unos 800 litros de gas; de suerte que llevando consigo algunos litros se tiene provisión abundante. El oxígeno líquido se conserva fácilmente en botes de cristal de dobles paredes, entre las cuales se hace el vacío absoluto, y de este modo se puede conservar unos quince días á la presión atmosférica.

Estos preciosos recipientes de fácil transporte son debidos á M. d'Arsonval, que los dió á conocer en 1888 con el nombre de *thermo-aisladores*, aunque algunos han atribuido con error manifiesto su paternidad á M. Dewar; y sería fácil reemplazar estos depósitos, excelentes, pero frágiles, por otros metálicos cuya construcción estoy estudiando.

Siendo la temperatura del oxígeno líquido conservado á la presión atmosférica de unos 200° bajo cero, bastará derramarlo en un receptáculo cualquiera para que se ponga en ebullición y vuelva rápidamente al estado gaseoso.

El aparato que he construído para uso de los aeronautas se compone de una botella de cristal de dobles paredes (fig. 1, n.º 1, A) que contiene el oxígeno líquido y que está cerrada por un tapón de corcho atravesado por dos tubos; uno de éstos termina sobre el nivel del líquido y va provisto al exterior de una pera de caucho por medio de la cual puede ejercerse una presión sobre el gas licuado; el otro tubo de plomo descende hasta el fondo del líquido y por el otro extremo lleva un tornillo que se adapta al vaporizador B, especie de caldera tubular de pequeñas dimensiones y muy ligera formada por siete tubos de cobre que se comunican entre sí.

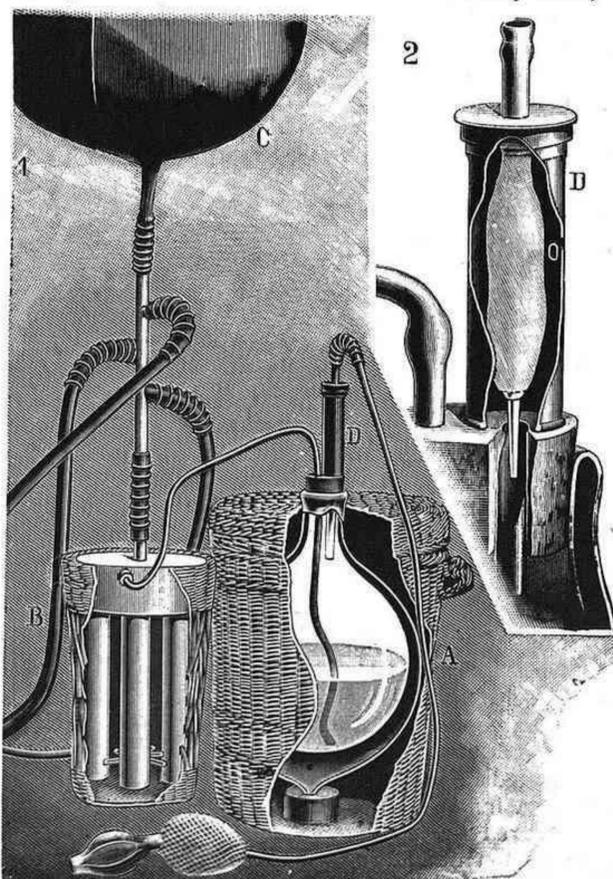


Fig. 1. - N.º 1. Conjunto del aparato. - N.º 2. Válvula colocada sobre el depósito que contiene el oxígeno líquido

Gracias á la gran conductibilidad del cobre para el calor, el oxígeno líquido que se introduce, mediante la acción de la pera, vuelve rápidamente al estado gaseoso y se dirige á un depósito cilíndrico de caucho C fijado en un punto cualquiera del globo: á este recipiente, que contiene unos 70 litros de oxígeno, va á parar el tubo flexible por donde llega el gas al aparato de aspiración.

Este aparato es una especie de máscara metálica (fig. 2) cubierta exteriormente de terciopelo para estar protegida contra el enfriamiento; tapa solamente la boca y la nariz y se aplica á la cara por medio de cintas elásticas. El oxígeno procedente del saco de caucho penetra en la máscara por un tubo flexible, que se ajusta permanentemente, quedando por consiguiente asegurada la absorción del gas y debiendo el oxígeno necesariamente penetrar en los pulmones.

Una pequeña cantidad de oxígeno líquido contenido en el recipiente (fig. 1, A) tiende á recobrar el estado gaseoso, sobre todo cuando el globo se eleva; la presión que entonces se ejerce en el interior del recipiente hace pasar al vaporizador una cantidad más ó menos grande de oxígeno que de esta manera se pierde, para evitar lo cual he dispuesto (fig. 1, núms. 1 y 2; D) un tubo de cobre de 15 milímetros de diámetro, en cuyo interior hay colocada una especie de vejiga de caucho de pa-



Fig. 2. - Colocación de la máscara y de sus accesorios. Detalles de la máscara

redes muy delgadas que por su parte superior comunica con la llegada del aire lanzado por la pera aspirante é impelente y que en su extremo inferior termina en un pequeño tubo de cobre de escaso diámetro. En el estado de reposo el oxígeno que recobra el estado gaseoso se escapa en la atmósfera por el

orificio O, pero desde el momento en que se hace funcionar la pera para ejercer una presión sobre el oxígeno líquido, la vejiga de caucho, por razón de la diferencia de diámetro de los orificios de entrada y salida, se hincha, y aplicándose sobre la abertura O, la cierra completamente.

Casi todos los aeronautas que han respirado el oxígeno puro aseguran que les producía náuseas y malestar, que cesan en cuanto se mezcla con el gas aspirado cierta cantidad de aire. Fundado en esto he dispuesto la máscara de modo que pueda respirarse á voluntad oxígeno puro ó una mezcla de oxígeno y aire; á este efecto una pieza movable provista de un orificio (figura 2, a) que se abre más ó menos permite que el aire exterior se introduzca en cantidades fáciles de dosificar, y esta mezcla es la que penetra en los pulmones.

En cuanto á los gases procedentes de la respiración, á fin de evitar la condensación del vapor de agua que arrastran, los hago pasar por un tubo flexible G provisto de una válvula especial colocada debajo del traje del aeronauta fuera del alcance de la congelación.

Este aparato ha sido ensayado recientemente con excelente éxito en una ascensión internacional realizada por el conde Castellón de Saint-Victor, el hábil y valeroso aeronauta universalmente conocido. - X.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Elujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Francia, etc. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPIÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. 80, St-Denis, 16

PILDORAS DEFRESNE
A LA
PANCREATINA
Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso
el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la
grasa, el pan y los ferulentos.

La PANCREATINA DEFRESNE proviene
de las afecciones del estómago y facilita siempre
la digestion.

POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentacion
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago,
Falta de Apetito, Digestiones laboriosas,
Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**; **Bronquitis, Asma, etc.**

Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia, Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad, etc.**

G **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris

B **ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** **HEMOSTÁTICO** el mas **PÚDEROSO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica

Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.). sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empleese el **PILIVOKE. DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Maniobras de caballería, cuadro de José Cusachs. (Exposición Robira, calle de Escudillers)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos,
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
 EL ANJOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias,
 Jaqueca,
 Ciática.
 CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion
 que produce el Tabaco, y especialmente
 á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 emision de la voz.—Precio: 12 REALES.
 Elegir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
 los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
 la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{to}-Vito, insomnios, con-
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
 las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países.
 Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
 Pidase en todas las Droguerías y Farmacias.
 Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO**
 Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN